

el enigma del gran canal

louis g. milk

El enigma del gran canal

LOUIS G. MILK

El enigma del gran canal

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51—53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Portada cedida por C. B. FILMS

Depósito Legal: B. 28.479 — 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — BARCELONA

I

Corrieron como chiquillos alborozados, gritando alegres, jubilosos por el descubrimiento. Sus voces se oían a través de los cascos, transmitidas por las radios individuales.

El ceño fruncido, Bick Padford, capitán de la «Keltón II», caminó detrás de ellos, con un rifle en las manos, sintiendo aún sus músculos envarados, después de las largas semanas pasadas en el interior de la astronave. Comprendía la alegría de los tripulantes, pero no la justificaba en absoluto y menos sabiendo que iban a enfrentarse con problemas desconocidos.

Janet Kelton, igualmente armada con un rifle, caminó a su lado. Los rubios cabellos de la muchacha habían sido recortados al mínimo, para que no constituyeran estorbo alguno dentro del casco. Era alta, recta como un huso, pero al lado de Padford, semejaba una chiquilla.

La astronave brillaba en la gris llanura marciana. Sus chorros habían dejado de funcionar y estaban apagados. Había cumplido su misión. Les había traído a Marte.

Habían llegado antes que ninguno, antes que ninguna de las naves que los orgullosos gobiernos de EE. UU. y U.R.S.S. estaban construyendo. Pasarían meses, tal vez años, antes de que ninguna de dichas naciones, las más adelantadas en ciencia astronáutica, consiguieran lanzar sus naves a Marte.

Y, sin embargo, no eran los primeros. Probablemente, tampoco los segundos.

Lo más seguro era que el número que les correspondía en el orden de llegada era el número tres.

Ellos, el número tres. El número dos correspondía a la «Kelton», antecesora de la «Kelton II». Pero, si antes que ellos habían llegado otros (cosa que todo parecía confirmarlo hasta el momento), ¿quiénes eran esos otros?

Oyeron distintas exclamaciones de los tripulantes. El terreno se cortaba a pocos metros de distancia.

Llegaron al borde. Entonces Bick Padford comprobó por sí mismo la existencia de los canales marcianos.

De un canal, por lo menos. El que tenía delante de los ojos.

No era obra de la naturaleza. Era obra de los hombres. Monstruosa, gigante, increíble..., de no haberla visto con los propios ojos.

Calculó que la diferencia de cota entre el borde y el fondo era de unos quinientos metros. La pendiente, sumamente lisa, era bastante inclinada, unes 30*, con lo que la distancia real entre el borde y el fondo venía a resultar de unos mil, aproximadamente.

La anchura del canal en el fondo de unos cuatrocientos o quinientos metros. El lado opuesto resultaba idéntico a aquel en que se encontraban.

Apenas había agua en el canal. Una delgada corriente se deslizaba por el centro del fondo, describiendo minúsculos meandros, entre plantas de color rojizoverdoso, no muy abundantes por cierto.

El canal era un trazo rectilíneo. No se veían ni el principio ni el final; se confundían con el horizonte a ambos lados.

El invierno marciano estaba a punto de terminar. Pronto se produciría la fusión de los hielos en el casquete polar —estaban en el hemisferio norte— y el canal conduciría las aguas hacia regiones que la esperaban con avidez. Probablemente, bajarían gigantescos torrentes por aquel enorme conducto. Si uno cometía la imprudencia de situarse delante de la avenida del deshielo..., bien, era cosa en la que no había que pensar por el momento.

La voz de Padford sonó, grave y conminatoria, interrumpiendo las conversaciones de todos los presentes.

—Caballeros...

Cuatro rostros se volvieron para mirarle. Padford dijo:

—Comprendo su excitación a causa de la llegada y del espectáculo que están contemplando, pero no deben olvidar cuál es el fin primordial que les trajo a este planeta y los objetivos que debemos cumplir. Por favor, en la nave podremos continuar hablando y discutiendo un común plan de acción.

Los cuatro tripulantes, Jirinov, Dooley, Huttmeier y Virsic, obedecieron en el acto. Dieron media vuelta y emprendieron el regreso a la astronave.

Padford quedó aún algunos segundos junto al borde del canal, contemplándolo con fijeza. Dentro de sí mismo, sentía un orgullo sin límites, atemperado por un parcial desconocimiento de la situación

en que se encontraban.

A su lado, Janet Kelton le contemplaba con silenciosa atención, como si quisiera conocer sus pensamientos. Padford estaba pensando en que, después de haber estado en la Luna una vez, había regresado a la Tierra... para no volver más al espacio.

Y, sin embargo, estaba en Marte. Antes que ninguno de los astronautas que se forjaban en las sucesivas promociones rusas y norteamericanas.

Estaba en Marte..., merced a Janet Kelton y a un accidente estúpido que había sufrido a poco de su regreso a la Tierra desde la Luna.

* * *

Todavía tenía la pierna enyesada, cuando Janet fue a visitarle. Él no la conocía entonces ni había oído hablar jamás de ella.

Era una muchacha alta, derecha, robusta, pero esbelta al mismo tiempo y con una expresión de energía y resolución que no endurecía, sin embargo, su rostro atractivo, en el que una nariz ligeramente respingona rompía unos rasgos que hubieran resultado demasiado clásicos de otro modo. Vestía sencillamente; su indumentaria no delataba en absoluto la inmensa fortuna que, según supo luego Padford, respaldaba sus acciones.

Padford estaba tomando el sol melancólicamente en la terraza de su casa. Ya sabía que no podría volver más al espacio. Los médicos habían sido contundentes al respecto.

Como secuela del accidente le quedaría una pequeña cojera. Se quedaría en la Tierra como instructor de futuros astronautas..., a los treinta años, con el porvenir truncado por aquel estúpido resbalón.

Padford vivía con su madre. Ella introdujo a Janet y la condujo hasta la terraza. Padford la miró con interés.

Janet no fue ambigua en sus proposiciones. Tras los primeros saludos, atacó a fondo:

—¿Le gustaría ir a Marte, capitán?

Padford la miró con asombro. Janet, sentada frente a él, recta, erguida, permanecía completamente seria. No daba la sensación de tener trastocado el cerebro.

—Hablo absolutamente en serio —agregó la joven—. Es más, le diré que no pertenezco al gobierno, ni a ninguna empresa

paraestatal ni siquiera secretamente enmascarada bajo una denominación comercial. Sólo represento a la familia Kelton. Si está dispuesto a ir a Marte, una vez curado, le ruego me dé ahora mismo una respuesta.

Padford se recobró del asombro que le habían producido las manifestaciones de la chica. Janet contaba, a su juicio, unos veinticinco años; tenía aspecto de ser ponderada y equilibrada. Instintivamente, comprendió que sus palabras no eran ninguna fantasía.

—Me gustaría, en efecto —dijo al cabo—. Debe de ser una aventura excitante y más, cuando ya se ha estado una vez en la Luna.

—Esa aventura puede resultar peligrosa, se lo advierto de antemano, y no a causa de la nave que hará el viaje — dijo Janet.

Padford arqueó las cejas.

—¿Quiere decirme que debemos precavernos contra los ataques de marcianos armados con pistolas lanzarrayos… o lanzas y escudos?

—Tal vez. Al menos, sé de una persona que ha sufrido ese ataque.

—¿Quién? —preguntó Padford, siguiendo la broma.

—Mi padre, Henry Kelton. Está en Marte…, prisionero de los marcianos o de quienes habiten aquel planeta.

Padford se acomodó en la tumbona donde pasaba la mayor parte de las horas del día, durante su curación.

—Por favor, señorita Kelton, entendámonos de una vez —dijo casi enojado—. Estoy al corriente de todos los lanzamientos de astronaves. Ninguna ha sido disparada hacia Marte. Sólo seis, en total, han ido y vuelto a la Luna.

»Rusos y americanos están alistando sendas expediciones a Marte. Sin embargo, pasarán años antes de que parta la primera. Los presupuestos se han visto muy seriamente afectados por dichos lanzamientos. Aquí y allá, los públicos han protestado por los gastos excesivos que, si bien reportan beneficios para la ciencia, no producen ninguno inmediato de relativa utilidad.

«Lanzar una nave a Marte no es tan urgente como repoblar tierras desérticas, fertilizar extensiones de terreno improductivas, procurar la paz donde está turbada y mitigar el hambre en extensas regiones del planeta. Esto ha calado hondo en el ánimo de los gobernantes de ambos países y, como consecuencia, los presupuestos de

astronáutica se han visto recortados considerablemente. Por eso afirmo que no ha ido ninguna nave a Marte… y menos con un Henry Kelton a bordo como tripulante.

—Se equivoca —dijo Janet, impasible—. Una nave zarpó hace más de cuatro años. Llevaba un solo pasajero: mi padre. Salió de la Tierra, llegó a Marte… y está allí.

Padford la miró boquiabierto.

—Y ¿cómo es que nadie se enteró de que un chiflado…, perdón, de que su padre se había largado a Marte?

Una débil sonrisa floreció en los labios de la muchacha.

—¿Tan difícil es construir una astronave, encargando las piezas a distintas factorías y ensamblándolas luego? ¿Resulta tan difícil esconder la nave en el interior de un supuesto silo de trigo… o de un fingido edificio de pisos?

—¡Pero eso cuesta miles de millones! — arguyó Padford.

—Ni miles, ni cientos —contradijo Janet—. Algunas decenas de millones de dólares, sí, es cierto, pero nada más.

»La «Kelton» no tuvo que soportar la servidumbre de millares de personas colaborando en su construcción, ni la de vastos programas del gobierno, ni un costosísimo programa de investigación… ni las cargas de unas cuantas poderosas empresas que hacen su agosto a costa, del contribuyente, que es, en realidad, lo que encarece una expedición astronáutica, sin contar con, por ejemplo, las numerosas estaciones de control repartidas por todo el ámbito de la Tierra.

»Dos hombres planearon durante años la «Kelton». Fue una labor ardua, ingente, miles y miles de planos diseñados cuidadosamente y comprobados con absoluta escrupulosidad. Se encargaron las piezas a distintas fábricas repartidas en todo el mundo y, por increíble que le parezca, sólo cuatro personas intervinieron en el montaje de la nave, yo una de ellas. De este modo, el precio del lanzamiento de la «Kelton» resultó ridículo en comparación con lo que se gasta el gobierno para poner en órbita un satélite de comunicaciones.

Padford escuchaba absorto a la muchacha.

— ¿Sólo… entre cuatro? — dijo, estupefacto.

—Me refiero a la parte de montaje de las piezas que se iban recibiendo y elaboradas según las especificaciones ordenadas. Fue una labor lenta, en efecto, pero, por lo mismo, económica. La parte del león, por supuesto, se la llevaron los constructores de las

distintas piezas que nosotros íbamos ensamblando sucesivamente.

—Es inaudito —exclamó Padford.

Janet sonrió, evidentemente halagada.

—No tan inaudito ni tan dificultoso. Hace más de dos mil años, Salomón construyó su templo y todas las piezas estaban cortadas y aserradas de antemano y, tan hábilmente calculadas que, durante el período de construcción, no se oyó un solo golpe de martillo. ¿No ha leído la Biblia al respecto?

—Bueno, pero una astronave no es el templo de Salomón.

—Era una simple metáfora comparativa.

—Bien, y ¿qué más?

—Pues que, una vez construida la nave, mi padre se metió en ella, zarpó, llegó a Marte y comunicó su feliz arribada. A poco, después de habernos facilitado algunos datos y manifestar que estaba dispuesto a emprender el regreso, anunció que iba a ser hecho prisionero.

Janet sacó de su bolso una minúscula grabadora, que colocó sobre una mesa situada junto a la tumbona que ocupaba Padford. Puso la máquina en marcha y, casi de inmediato, se oyó una voz:

—…ellos vienen hacia mí… Creo que me van a capturar… Me hacen señas de que levante las manos… ¡Adiós, me han hecho prisionero…»

La voz se extinguió súbitamente. Janet miró a Padford.

—Desde entonces pasaron cuatro años —dijo—. Le dábamos ya por muerto, cuando, de repente, recibimos una llamada suya. Escuche.

La grabadora funcionó de nuevo:

—¡Por favor! ¡Soy Henry Kelton! ¡Laura, Janet, acudid a rescatarme!

Janet miró a Padford.

—Laura es mi madre —aclaró. Y luego preguntó—: ¿Vendrá a Marte, capitán?

—Sí — respondió Padford.

II

Bick Padford paseó la vista por los rostros de las cinco personas que se encontraban con él en la cámara principal de la nave.

—Hemos llegado a Marte —habló—, cosa obvia por otra parte. Pero apenas llegados, ya se han producido los primeros brotes de indisciplina.

»No quiero ser un rígido militarista; sin embargo, les recordaré algo que todos ustedes no debían haber olvidado un solo momento: Marte está habitado y el señor Kelton está prisionero de sus habitantes.

»Ignoramos quiénes son éstos, cuál es su número y cómo son: altos, bajos, con tentáculos y diez ojos…, pero de una cosa no cabe duda: son hostiles. Insensatamente, apenas aterrizamos, ustedes echaron a correr sin observar un mínimo de precauciones. Esto no debe volver a ocurrir y lo digo por el bien de todos.

—No ocurrirá más, señor —prometió Herbert Dooley con voz contrita —. Pero nos sentíamos tan alegres…

—Les comprendo perfectamente —dijo Padford—. Cualquier hombre, en sus circunstancias, se sentiría terriblemente orgulloso de la hazaña…, de la parte que ha tenido en esta hazaña. Pero que no olvide que la muerte está acechando por cualquier parte. Marte es muy hermoso, contemplado con ojos de terrestre; sin embargo, a todos nos gustará poder volver un día a la Tierra.

«Hemos descrito algunas órbitas bajas en torno al planeta. Los detectores no han señalado la presencia de ninguna masa metálica de importancia. Ignoramos, por tanto, qué ha sido de la «Kelton».

«Puesto que las comunicaciones radiales de muy alta frecuencia se propagan en línea recta y después de los estudios pertinentes, hemos llegado a la conclusión de que los mensajes que emitió el señor Kelton fueron hechos aproximadamente en esta área, hemos de deducir que el aterrizaje se ha realizado en una zona no demasiado alejada de donde lo hizo la «Kelton».

«Los tres mensajes que envió Kelton fueron hechos cuando este hemisferio era visible desde la Tierra. El primero hablaba del paisaje que divisaba desde su astronave. Mencionó un gran canal y una fila de colinas hacia el Este.

»Hay más canales y más colinas en Marte, por supuesto, pero yo creo que hemos aterrizado en la zona más cercana a donde llegó él. Por tanto, iniciaremos las exploraciones desde este punto, en sentido radial primero.

»Dos quedarán permanentemente de guardia en la nave. Los cuatro restantes, por parejas, iniciarán la exploración en sentidos opuestos, alcanzando un centenar de kilómetros de distancia.

»A los cien kilómetros, el primer vehículo girará a su izquierda en ángulo recto y describirá un arco de circunferencia, con centro en la nave. Seguirá así durante veinticinco kilómetros, estableciendo jalones bien visibles en lugares perfectamente identificables, y luego girara de nuevo en ángulo recto, emprendiendo el regreso. El segundo vehículo hará lo mismo, pero en sentido diametral— mente opuesto.

»De este modo, en pocos días, habremos cubierto un círculo de doscientos kilómetros de diámetro. Caso de que no hallemos nada, ampliaremos el radio de nuestras exploraciones.

—Podríamos habernos traído un avión o un helicóptero —se lamentó Virsic.

—Habría representado un peso adicional imposible de soportar, en primer lugar —dijo Padford—. Y, en segundo, la extremada tenuidad de la atmósfera marciana habría determinado una elevada velocidad de vuelo, con el consiguiente y exorbitante gasto de combustible, cosa que no nos podemos permitir. Los automóviles son el medio mejor y más seguro de explorar el terreno.

»Cada patrulla llevará agua, víveres y aire de repuesto, aparte de armas cortas y largas y un lanzagranadas. No queremos ser hostiles con los nativos, pero tampoco vamos a dejarnos coger prisioneros. Y, sobre todo, no olviden que el objetivo principal de este viaje, dejando a un lado lo aprovechable científicamente hablando, es el rescate del señor Kelton. ¿Alguna pregunta más?

—No, señor — contestó Jirinov —. Salvo conocer los nombres de los que irán en la primera expedición.

—Yo —dijo Janet. Y agregó—: Con usted, capitán.

Padford sonrió ligeramente.

—Ya se conoce la composición de una de las dos patrullas. Les permito elegir o sortear para la segunda.

—Sortearemos —dijo Huttmeier.

—Traeré pajas de refresco —sonrió Virsic, poniéndose en pie.

El sorteo favoreció a Jirinov y Virsic. Dooley y Huttmeier maldijeron profusamente su mala suerte.

—La señorita Kelton y yo iremos hacia el Oeste marciano. Ustedes dos, Jirinov y Virsic —dispuso Padford—, lo harán hacia el Este. Y ahora…

Se puso en pie y salió de la cámara. Volvió con seis copas, que puso sobre la mesa, y volvió a salir.

A su regreso, traía una botella de champaña.

—Creo que la ocasión lo merece —dijo, sonriendo anchamente—. Merecemos una copa para celebrar la feliz llegada a Marte.

—¡Cuidado con la gravedad marciana, capitán! —advirtió Huttmeier riendo.

—Con lo que hay que tener cuidado es con la presión —dijo Virsic.

—Oh, aquí, dentro de la nave, la presión es normal. Otra cosa sería de hallarnos en el exterior.

—Padford destapó la botella y empezó a llenar las copas. Al terminar, levantó la suya —: Por nuestra feliz llegada… y por el pronto hallazgo del padre de Janet.

La muchacha se esforzó por sonreír. Sus ojos, sin embargo, se hallaban llenos de lágrimas.

—Dios le oiga, capitán —murmuró, llevándose su copa a los labios.

Momentos después, iniciaron las operaciones de desembarque de los dos vehículos.

Una potente grúa descendió a tierra los aparatos sucesivamente. Tenían un sistema mixto de orugas y ruedas de aire, tipo balón, que podían usarse alternativamente, según el terreno o los deseos del piloto y su cabina, totalmente transparente, era estanca.

El motor era movido por el mismo combustible que usaba la «Kelton II». Tratábase de un motor diseñado especialmente para el vehículo y el combustible y que permitía una gran potencia de arrastre y una velocidad, en determinadas circunstancias, de hasta ochenta kilómetros a la hora.

En Marte, sin embargo, más que velocidad, necesitarían larga autonomía en sus desplazamientos.

Las provisiones fueron cargadas a bordo, así como las armas. Una

vez concluidas las operaciones, Dooley y Huttmeier regresaron a la nave, en donde uno de los dos quedaría permanentemente de guardia junto al receptor de radio.

Janet subió a su vehículo. Padford agitó la mano en dirección a los otros dos, que ya estaban a bordo del suyo, y luego ocupó su puesto en el asiento del piloto.

Miró a la muchacha y sonrió. Janet estaba pálida y la emoción se transparentaba en su cara.

—¿Adelante? —dijo.

—¡Adelante! — confirmó ella.

Padford abrió el mando de atmósfera interior y esperó a que el manómetro señalara una presión correcta. Entonces aflojó su casco y se lo quitó. Janet le imitó.

A continuación puso el motor en marcha. Aguardó hasta que el contador de revoluciones alcanzó un régimen normal y pisó el acelerador.

El vehículo se dirigió rectamente hacia el canal, a cuyo borde llegaron segundos más tarde. Desde lo alto de la cabina contemplaron el vasto foso que se abría ante ellos.

—No hemos visto señales de puentes — dijo Padford—, así que no tendremos otro remedio que cruzar por aquí mismo.

—De acuerdo —contestó Janet.

Padford movió una palanca. Casi silenciosamente, las orugas descendieron hasta tocar el suelo.

A continuación, movió otra palanca. Las cuatro grandes ruedas, de neumáticos tipo balón, se separaron lentamente del suelo, hasta quedar a unos cincuenta centímetros del mismo.

—No cabe la menor duda — dijo Padford—; Calhoun es todo un genio.

—Sí —convino Janet—, sin el profesor, no hubiéramos podido llegar jamás a Marte... ni mi padre tampoco.

* * *

Cuando estuvo curado, ya con la baja de la N.A.S.A. en el bolsillo, Bick Padford conoció a la madre de Janet y al profesor Calhoun.

Laura Kelton era una mujer de mediana estatura, con el cabello prematuramente gris, pero en cuyos ojos azules podía leerse una expresión de resolución y energía indomables, cualidades que, no

había la menor duda, habían sido heredadas por Janet.

La muchacha, sin embargo, poseía un acusado sentido práctico y había llegado a convencerse de la muerte de su padre. Laura, por el contrario, había creído en que su esposo continuaba con vida.

Ella había sido quien persuadió a Calhoun para construir una segunda astronave, capaz para seis personas como mínimo, además de una cantidad de material que Henry Kelton no había llevado consigo en su primera expedición.

Laura había sido quien se pasó días y noches, semanas, meses y años, convertida prácticamente en una reclusa, sin salir de la pequeña pero potente estación de radio que los Kelton habían construido para sus comunicaciones.

En las raras ocasiones en que abandonaba la estación de radio, dejaba siempre una grabadora en funcionamiento. Nunca desesperó de recibir un tercer mensaje de su esposo… y el mensaje llegó, casi cuatro años después del último, aquel en que anunciaba su captura.

Para entonces la nave «Kelton II» estaba sumamente adelantada. Sólo faltaba la tripulación y de ello se encargó Janet.

Había elegido los mejores hombres en sus especialidades. Arrebató a Antón Jirinov a los servicios astronáuticos soviéticos y se llevó a Virsic de la universidad de Praga; hizo que Herbert Dooley abandonara su puesto de primer piloto de pruebas de reactores estratosféricos y consiguió que Martin Huttmeier enviara al diablo a su laboratorio de geología en la Universidad de Gottingen.

Todos ellos eran jóvenes, fuertes y resueltos. Constituían una tripulación ideal, aunque sin ninguna experiencia astronáutica.

Bick Padford la poseía. Había ido una vez a la Luna y le habían separado del servicio activo. La NA.S.A. era muy estricta con respecto al estado físico de sus astronautas, pero Janet era de la opinión que una leve cojera no impediría a Padford pilotar la nave.

Padford conoció también a Calhoun. Era un hombrecillo de regular estatura y con un aspecto tal, que Padford, al verlo, lo primero que pensó de él fue que era un marciano según se describen en muchos cuentos e historietas de ciencia—ficción.

Sus piernas y brazos parecían palillos a fuer de delgados y su cuerpo amenazaba con quebrarse de un momento a otro. Sin embargo, tema una cabezota enorme, aureolada por una permanentemente revuelta cabellera blanca, que se agitaba a cada

movimiento suyo como si fuesen tentáculos capilares. Los ojos eran grandes, rosados, indicio de albinismo, la nariz ganchuda y la boca delgada, con unos dientes en magnífico estado, menudos y fuertes.

La boca estaba en continuo movimiento. Cuando no comía, hablaba. El apetito de Calhoun era insaciable. Y su capacidad de trabajo, inagotable.

A los pocos días de conocerlo, Padford se preguntó dos cosas: primero, dónde metía Calhoun los alimentos que ingería apenas sin interrupción. Y segundo, cuándo dormía o, por lo menos, descansaba.

Calhoun iba, venía, subía, bajaba, se agitaba por todas partes, pasaba como un rayo por la cocina, agarraba una caja con bocadillos, seguía adelante, entraba en el laboratorio de diseños, escribía ¡con ambas manos al mismo tiempo y temas distintos!, hablaba, rogaba, suplicaba, atornillaba, martilleaba, empleaba el soplete vociferaba, chillaba, volvía a la cocina...

Una vez, por curiosidad, Padford lo siguió, procurando imitarle en todo. A los sesenta minutos, se derrumbó en un sillón, exhausto, mientras Calhoun, insensible al cansancio, continuaba su celérica actividad.

Pero no cabía duda de que era un «as» en su especialidad. Si la N.A.S.A. o la Astronáutica Soviética hubiesen conocido su existencia, le habrían contratado a razón de un kilo de oro por cada segundo de trabajo. ¡Y les habría salido barato!

Cuando Padford vio la «Kelton II» interiormente, se estremeció de horror. Janet estaba a su lado.

—¿Qué le pasa? ¿No le gusta? —preguntó la muchacha.

—¿Gustarme? Después de ver esto, no me imagino cómo fui lo suficientemente loco para viajar a la Luna en aquel cacharro de la N.A.S.A. ¡No volvería a subir en una de nuestras astronaves ni por todo el oro del mundo!

Y, sin embargo, los mecanismos de la «Kelton II» eran de una extremada sencillez. Admirado, Padford pasó la mano por el pulido metal, el blanco acolchado de los sillones de la cabina de mandos, el brillante vidrio de las escotillas y el plástico endurecido de las zonas aislantes.

—Es una joya, señorita Kelton — dijo, por fin, cuando recobró el habla.

—Llámeme Janet — pidió ella —. A fin de cuentas, vamos a estar bastante tiempo juntos en el espacio y conviene que vayamos suprimiendo tratamientos ceremoniosos.

Era la primera noticia que Padford tenía al respecto.

—¿Cómo? —respingó—. ¿Usted va... a venir con nosotros?

Janet asintió, sonriendo.

—Mi madre iría, pero su salud no se lo permite. Yo seré su sustituía... y, créame, a ninguna otra dejaría su puesto. Iré con ustedes y hallaremos a mi padre... o la confirmación dé su muerte.

III

Padford pisó suavemente el acelerador, con ambas manos en las palancas de dirección de las orugas, que ahora sustituían al volante con que se dirigía el aparato cuando usaban las ruedas. El pie izquierdo se apoyaba sobre el freno, dispuesto clavar las cadenas en el suelo si era necesario. El automóvil se inclinó. Osciló ligeramente adelante y atrás, acabando por tomar la inclinación de Ja pendiente.

La velocidad aumentó súbitamente. Padford quitó gas, pero, aun así, el vehículo continuaba descendiendo con una velocidad comprometedora.

Detuvo las orugas. La velocidad se redujo, pero el automóvil descendía resbalando.

—Dejaremos que siga así, hasta estar cerca del fondo — dijo.

Janet asintió. Detrás de ellos, se elevaba una polvareda de color ocre. El fondo se aproximó con cierta rapidez.

Padford soltó el freno una vez. La velocidad aumentó súbitamente al quedar el embrague de las orugas en punto muerto. Volvió a frenar y luego metió la marcha atrás.

Las orugas mordieron el suelo, despidiendo verdaderos chorros de polvo marciano. El automóvil casi se detuvo, hasta que Padford halló el modo de equilibrar la marcha atrás con la velocidad adecuada de descenso.

Momentos después, llegaba al fondo, sin haber sufrido el menor daño.

—Esto nos servirá de experiencia para sucesivos descensos —dijo él, sonriendo, ligeramente sudoroso.

—No creo que nos pasemos el tiempo cruzando los canales marcianos —contestó Janet.

Padford cambió de marchas. Las orugas desplazaron al vehículo hacia adelante.

Llegaron a la mitad. Entonces, oyeron, más bien sintieron, un extraño rugido.

Padford volvió la vista. Se quedó helado de terror.

—¡Acelere! — gritó Janet.

Un muro de color verde gris avanzaba hacia ellos a enorme velocidad.

Eran las aguas procedentes de un súbito deshielo, se dijo Padford, al mismo tiempo que pisaba el acelerador a fondo.

No tenía tiempo de cambiar las orugas por las ruedas. Era una operación relativamente lenta y, además, las ruedas hubieran resultado inservibles para trepar por la pendiente opuesta.

La avenida alcanzaba una altura de diez o doce metros. Billones de toneladas de agua avanzaban hacia ellos a más de sesenta kilómetros por hora.

El automóvil llegó a la pendiente opuesta y empezó a trepar. Las orugas resbalaron una vez y

Padford dejó escapar una interjección de rabia.

Cambió de marchas. Necesitaba potencia, no velocidad. El motor rugió en las entrañas del vehículo.

Las orugas mordieron el suelo arenoso. El automóvil empezó a ganar altura.

Pálida, Janet volvió los ojos hacia la avenida; a cortísima distancia. Si les alcanzaba...

El automóvil, con una lentitud que se les hizo agónica, alcanzó una altura de quince o veinte metros. Un mar de olas desfiló raudamente por debajo de ellos. El silbido del viento desplazado, aun contando con la tenuidad de la atmósfera marciana, era insufrible.

Poco a poco, el vehículo fue ganando altura. Después de diez interminables minutos, alcanzaron el borde opuesto.

Una voz sonó de pronto en el interior de la cabina.

—¡Capitán! ¡Soy Huttmeier! ¿Están bien?

Janet tomó el micrófono.

—Habla Janet Kelton —contestó—. Estamos perfectamente. No nos ha ocurrido nada. Permanezcan en su sitio.

—Desde aquí se ve la inundación. ¡Es horrible!

Padford estaba haciendo dar la vuelta al vehículo.

—Sí, una inundación colosal —dijo Janet—. Parece que el deshielo se ha adelantado este año. Sin embargo, opino, que el nivel de las aguas tenderá a decrecer.

—Está bien, si necesitan algo...

—Ya llamaremos, gracias, Martin.

Padford situó la proa del automóvil al borde del canal.

Estudió la situación durante unos momentos. Meneó la cabeza

con pesimismo.
—Estamos bloqueados en este lado del canal — dijo.
—Las aguas bajarán — aseguró ella.
—Sí, pero, ¿cuándo?
Janet miró hacia abajo. La velocidad y el nivel de la corriente no habían menguado en absoluto; antes al contrario, daban la sensación de aumentar.
—Estamos separados de la «Kelton II» por un brazo de mar de seiscientos metros de ancho — dijo Padford—. Imposible de atravesar con los medios actuales.
—A nado...
—¿Sin escafandra?
Janet hizo un gesto de desaliento.
—A Calhoun no se le ocurrió construir los automóviles para atravesar los ríos —dijo.
—Con todos los respetos, y en algo tenía que fallar alguna vez, cayó en el mismo defecto que todos los terrestres: creer que Marte es una sucesión de desiertos sin agua. ¿Acaso su padre no les mencionó los canales?
—Sí, pero estaban secos entonces. No se nos ocurrió prever la posibilidad de un súbito deshielo.
Padford se acarició la mandíbula pensativamente.
—De todas formas, ese deshielo se ha producido de manera muy súbita... y aún no es tiempo. En todo caso, creo, el aumento de nivel debiera haberse producido gradualmente, no como..., como si una presa hubiera reventado o cedido bajo la presión de las aguas.
—Los deshielos son siempre paulatinos, en efecto, y aunque a veces se producen avenidas, el nivel sube en el transcurso de unas horas, no en segundos, como ha pasado aquí.
Janet miró a Padford.
—Bick, ¿cree que ha podido ser obra de... de «ellos»? —preguntó, aprensivamente.
Padford frunció el ceño.
—¿Dónde está la nave de su padre? ¿Por qué no hemos hallado el menor rastro de ella? Hay muchos misterios que resolver, Janet, créame.
—Sí, en eso estoy de acuerdo. Y ahora, ¿por qué no continuamos? Parados aquí, no conseguiremos que descienda el nivel de las

aguas... y cuando llegue la hora de volver, ya trataremos de resolver el problema del cruce del canal.

—Son unas palabras llenas de sensatez —sonrió Padford—. Continuaremos ahora mismo.

Dio marcha atrás durante unos cuantos metros, giró en redondo y cambió las orugas por las ruedas.

Luego miró hacia la llanura, que se extendía infinita ante sus ojos.

—Marte —dijo—, vamos por ti.

Pisó el acelerador y el automóvil arrancó en el acto.

El cuentakilómetros les indicaba la distancia recorrida. De cuando en cuando, se veían obligados a dar un rodeo para evitar un obstáculo inesperado: un grupo de rocas redondeadas por la erosión eólica, un barranco, alguna colina..., pero, en general, seguían una línea recta.

El sol, un disco rojizo, caminó hacia el ocaso. Janet dijo:

—Tendremos que pernoctar fuera de la nave, Bick.

—Sí, lo comunicaremos a los que están allí. Pero espere un poco todavía; sólo hemos recorrido unos sesenta kilómetros de los cien programados.

La marcha era lenta, no sólo a causa del terreno, que dejaba de ser llano cuando se rodaba por encima de él, sino por los motivos del viaje: la exploración. Janet, provista de unos prismáticos, escrutaba constantemente el horizonte en torno suyo.

Cuatro horas después de haber cruzado el canal, Padford dijo:

—Acamparemos en lo alto de aquella colina — dijo—. Veo un montón de rocas que pueden protegernos de la vista de los nativos y, al mismo tiempo dispondremos de una excelente atalaya para otear el terreno mañana cuando amanezca.

—Es una buena idea — aprobó Janet.

La colina se alzaba a unos trescientos metros sobre la llanura. Padford movió el volante y el automóvil cambió de rumbo.

De pronto, algo brilló delante de ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó Janet.

Padford aplicó él freno.

—Será mejor que bajemos a ver —contestó —. Póngase el casco y no olvide su rifle.

Ella asintió. Padford se puso el casco y, una vez tuvo una presión

normal dentro de su escafandra, lo mismo que Janet, vació el aire de la cabina.

Abrió la portezuela. Con el rifle en la mano, saltó al suelo. La luz era ya muy escasa. Sólo gracias a que el sol estaba muy bajo en el horizonte habían podido percibir el brillo de aquel objeto que permanecía semienterrado entre la arena.

Padford se cambió el rifle de mano y, arrodillándose, apartó la arena con una mano. Parte de un cuadro de mandos de algún vehículo apareció ante sus ojos.

Dio un tirón y lo arrancó de su sepultura. Vio botones, conmutadores, un par de esteras y unos cuantos cables cortados o arrancados violentamente. Se lo enseñó a Janet.

—La «Kelton» no transportó ningún vehículo — dijo ella—. No había sitio apenas más que para mi padre y sus provisiones.

—Lo sé. Me lo ha dicho en más de una ocasión. Pero —preguntó Padford—, ¿se ha fijado en este cuadro de mandos?

—Bueno, parece de un vehículo automóvil...

—«Es» de un vehículo automóvil, Janet. Venga conmigo.

Ella le siguió. Padford trepó a la cabina y colocó aquel fragmento de cuadro de mandos frente al de su vehículo.

Janet lanzó un grito de asombro.

—¡Son exactamente iguales!

—En efecto —concordó Padford—. Son iguales.

—Pero mi padre no...

—Su padre no se trajo consigo ningún automóvil, ya lo sé. Es decir, a menos que lo introdujera subrepticiamente en la «Kelton» cuando usted no estaba delante.

Janet denegó con la cabeza.

—¡Imposible! Yo misma comprobé las listas del material embarcado, puesto que fui la responsable de ello. Y le aseguro que no quedaba sitio ni para una rueda siquiera.

—Entonces, este vehículo ha sido construido en Marte.

—No hay otra explicación. Recuerde que mi padre cayó prisionero de los nativos.

—Sí, pero todavía falta otro detalle que usted ha pasado por alto,

—¿Cuál? —quiso saber la muchacha.

—Estos dos cuadros de mandos, es decir, los fragmentos respectivos son absolutamente iguales, tan iguales como puedan

serlo entre sí los tableros de dos coches de una misma marca, del mismo año y del mismo tipo. Tan iguales, en fin, como dos gotas de agua, para decirlo con una expresión sumamente repetida.

»E1 cuadro de mandos de nuestro automóvil ha sido construido en la Tierra. Si su padre no se trajo ninguno consigo, ¿quién trajo el que se destruyó seguramente en un accidente o una explosión?

»Y, finalmente, ¿por qué Calhoun ha construido un cuadro de mandos, o diseñado, tanto da, exactamente igual al de cualquier vehículo marciano?

Janet se quedó sumamente pensativa.

—Sus preguntas no tienen respuesta posible, por ahora — dijo, tras unos segundos de reflexión.

—Quizá su padre podría contestarlas, Janet.

—¿Por qué dice eso, Bick?

—Me imagino que él fue quien trabó conocimiento con Calhoun, ¿no es así?

—En efecto.

—¿De dónde procedía Calhoun? ¿Dónde trabajaba antes de unirse a su padre?

Janet se pasó la mano por la frente.

—Siempre fue un tanto reservado con respecto a su pasado. Habló de su grado de doctor ingeniero, de una temporada de profesión en una Universidad, pero nunca fue demasiado concreto a este respecto. Usted lo conocía también; era un genio, pero, como todos los genios, bastante raro.

—Y tan raro —dijo Padford sin evitar una nota de sarcasmo en la voz —. Mire, la primera vez que lo vi, pensé que era un marciano. ¿Quién me hubiera dicho que estaba acertando en aquellos momentos?

Janet le miró, vivamente sorprendida.

—¿Cómo? ¿Opina usted que Calhoun es marciano? — exclamó.

Padford dejó el trozo de metal en la parte posterior, en el compartimento destinado a la carga.

—Después de lo que he visto, allí y aquí, si Calhoun no es un marciano, entonces yo soy un venusino.

Dicho lo cual, puso el automóvil en marcha y acometió el ascenso a la colina.

Janet estaba profundamente preocupada.

—Si Calhoun es un marciano —murmuró pasados unos minutos —, ¿cómo pudo llegar hasta la Tierra, Bick?

Padford había alcanzado ya un lugar adecuado para acampar.

—No tengo la menor idea, Janet —respondió—. Pero los hechos subsisten y no se pueden desvirtuar.

Paró el motor.

—De todas formas, lo mejor será prepararnos para pasar aquí la noche —añadió—. Nuestra primera noche marciana.

El cielo, sin apenas atmósfera que lo enturbiase, poseía una limpidez incomparable.

—Sí — musitó Janet —, nuestra primera noche marciana.

IV

Pasada la media noche, Padford despertó y se sentó en el asiento que era transformable y se podía convertir en litera para dormir durante las noches.

Janet dormía apaciblemente. Un rizo de sus rubios cabellos le caía sobre la frente, confiriéndole un aspecto infantil. Su esbelto pecho subía y bajaba rítmicamente, con una respiración normal y desahogada.

Bickford le puso el casco. Ella abrió los ojos un momento.

— Voy a salir —dijo el joven.

Janet asintió y se volvió a dormir casi enseguida. Momentos después, con el rifle en la mano, Bickford se hallaba en el exterior.

El automóvil estaba detenido en el centro de un grupo de rocas, aproximadamente circular, aunque con las suficientes soluciones de continuidad rara entrar en él por dos o tres sitios sin dificultad alguna. Las rocas eran viejas, viejísimas: no hacía falta ser un geólogo para darse cuenta de ello.

El viento y la arena, durante millares de siglos, les habían conferido formas redondeadas. Padford trepó a una de ellas y, desde su cúspide, oteó la silenciosa vastedad de la llanura marciana.

Durante largo rato, permaneció inmóvil. Su mente era un torbellino de encontradas emociones.

¿Un marciano, el profesor Calhoun?

¿Cómo era posible que un objeto construido en la Tierra, a decenas de millones de kilómetros, fuese exactamente igual a otro hallado en Marte?

Si Calhoun era un marciano, ¿de qué modo había llegado a la Tierra?

Cuando aceptó la oferta de Janet Kelton, y empezó a trabajar con ellos, en los últimos retoques de la nave, Calhoun ya estaba allí, por supuesto.

Había hablado muy pocas veces con la madre de Janet. Ni ella ni su hija le habían dicho nunca nada acerca de la forma en que Henry Kelton había entrado en contacto con ellos. Ahora había descubierto que era muy poco lo que la propia Janet sabía acerca de Calhoun… y había que seguir dándole ese nombre, suponiendo que fuese el

verdadero, porque no le conocían otro.

El escondite de la astronave, era una verdadera maravilla. Un silo para cereales, de los más grandes en su género, situado no lejos de una de las fábricas pertenecientes a la familia Kelton.

Los camiones con materiales iban consignados a la fábrica, donde se construían aperos agrícolas. Dichos camiones llevaban una contraseña especial y eran desviados por dos capataces de absoluta confianza de los Kelton. Aparentemente, llevaban material para la fábrica, pero su cargamento se empleaba en la astronave.

Otros camiones llevaban trigo para el silo. La mitad del silo, por supuesto, estaba destinada al fin propuesto. La otra mitad, hueca, albergaba la nave. La incomunicación entre ambas zonas del mismo silo era absoluta; ni por error, un conductor de los que transportaban o acarreaban trigo habría podido ver la astronave.

Así, lentamente, con paciencia benedictina, se había construido la «Kelton II», ayudadas las Kelton y Calhoun por algunos técnicos también de absoluta confianza. La segunda nave necesitaba más personal, puesto que iba a transportar a seis personas y una ingente cantidad de material.

Padford se enteró de que la propia señora Kelton se encargaba de las comunicaciones. En su residencia, situada a cierta distancia de la fábrica, en lo alto de una elevada colina, tenía una habitación exclusivamente destinada a ello.

Era como un apéndice superior de la propia casa, un cubículo de paredes corredizas en todos los sentidos y en el que Padford, y sólo en vísperas de la partida, pudo ver los aparatos de transmisión. Habituado a los colosales radiotelescopios de la N.A.S.A., aquellas antenas le parecieron ridículamente pequeñas.

Pero cumplían su misión y ponían a la Tierra en comunicación con Marte. Otro diseño de Calhoun, el hombre—enciclopedia.

Y tan sencillo su manejo, que una dama, como Laura Kelton, hasta poco antes una corriente ama de casa, usaba los aparatos y los orientaba según las necesidades de la transmisión, sin ninguna dificultad.

El único hombre que podía afirmar o negar si Calhoun era un marciano, estaba precisamente en Marte y fuera de su alcance.

Kelton había sabido elegir bien a su hombre. ¿O era Calhoun el que había elegido a Kelton?

La fortuna del padre de Janet era inmensa. De otro modo, y por barato que fuese el procedimiento de lanzar dos astronaves, no se hubiera podido llevar a cabo el plan.

¿Cuánto habían costado las dos naves? ¿Cincuenta, sesenta millones?

Era barato, en comparación con los fabulosos — económicamente hablando — programas espaciales de la N.A.S.A. y de la Astronáutica Soviética. Si los respectivos ministerios de Hacienda de ambas naciones hubiesen conocido la modestia del presupuesto Kelton, se habrían muerto de envidia.

¿Calhoun, un marciano? Entonces, ¿por qué no había querido regresar a su planeta de origen?

Padford sacudió la cabeza. Precisamente estaban allí para investigar un misterio. Cuando encontrasen a Henry Kelton, conocería las respuestas que ahora le permanecían ocultas por un velo.

Miró en torno suyo. Ya había revuelto bastante su cerebro. Ahora debía darle un descanso, durmiendo hasta el amanecer.

Se dispuso a abandonar el observatorio. Entonces, creyó ver una luz.

Aguzó la vista. ¿No era una estrella sobre el horizonte?

No, no era una estrella. Se movía, oscilaba, avanzaba en línea recta... Una vez, incluso, vio una roca iluminada claramente por el resplandor de aquel foco de luz.

Desde lo alto de la roca saltó al suelo, a pesar de que había diez metros de altura. La menor gravedad marciana —un tercio de la terrestre— le permitió tal hazaña sin riesgo alguno para su físico.

Corrió al borde del círculo de rocas, el fusil entre las manos. La luz estaba parada.

Era difícil calcular la distancia, debido a la falta de puntos de referencia. Lo mismo podía tratarse de una linterna portátil a trescientos metros, que un gran reflector a tres mil.

La luz se apagó de repente. Ya no se vio más.

Era de noche. En Padford, la prudencia superó, a la curiosidad. Sin ver bien, no debía aventurarse por parajes desconocidos.

No obstante, esperó largo rato en el mismo sitio. La luz no volvió a reaparecer.

Por precaución, se mantuvo de guardia el resto de la noche,

separado del automóvil, pero de modo que lo cubriese con el fuego de su rifle contra un eventual atacante.

Nadie vino a verles. Al fin, las sombras de la noche empezaron a retirarse.

Entonces, Padford se acercó al vehículo. Janet, sentada en la litera, sin casco, estaba arreglándose el cabello.

Janet tomó el micrófono para hablarle por la radio.

—¿Qué hace ahí afuera todavía? —preguntó.

—Se lo contaré luego. Cuando haya acabado su tocado, desayunaremos. Luego reanudaremos la marcha.

—Muy bien.

Janet abrió un poco después. Careciendo de esclusa el automóvil, resultaba imprescindible colocarse los cascos cada vez que alguien entraba o salía de su interior.

Resultaba un tanto incómodo, pero la instalación de una esclusa hubiera representado un exceso de peso muerto y un consumo de energía adicional. El peso de la esclusa se empleó en transportar materiales y la energía ahorrada permitía al automóvil una mayor economía.

Janet adivinó, por la expresión del rostro de Padford, que había visto algo fuera de lo común.

—¿De qué se trata, Bick? —preguntó.

—He visto una luz — respondió él.

—¿Muy lejos?

—No puedo asegurarlo. Tanto podía estar a medio kilómetro como a cinco. Pero no caben dudas de ninguna clase; no ha sido una alucinación.

—Una luz — repitió ella—. ¿Hacia dónde?

—Aproximadamente, en dirección Norte. Luego iremos hacia allí.

—¿Le hicieron señas?

—No, no vi el parpadeo propio de un alfabeto morse. Más bien me dio la sensación de que el que manejaba la luz estaba explorando el terreno... sin un rumbo fijo, desde luego, como si no supiera exactamente lo que iba a encontrar. Vi la luz durante unos diez o quince minutos y luego se apagó.

Ella le entregó una taza de café.

—Partiremos inmediatamente —dijo.

Desayunaron con rapidez. Los alimentos eran sanos, nutritivos y

concentrados en tabletas de poco peso, pero de sabores muy variados, a fin de evitar los perniciosos efectos de una dieta monótona. Un cuarto de hora más tarde, Padford ponía el automóvil en marcha.

Llevaban puestas las escafandras, a fin de poder saltar al exterior sin pérdida de tiempo. Padford descendió por el mismo sitio que habían subido la noche anterior y luego contorneó la base de la colina, a fin de dirigirse al punto donde había visto la luz.

—Janet —dijo, a poco de arrancar—, póngase en contacto con la nave. Pregunte si va todo bien. Infórmese de los resultados de la otra patrulla.

—Entendido.

Janet habló con Dooley. Todo estaba normal a bordo. Respecto a Jirinov y Virsic habían informado negativamente sobre el resultado de su exploración.

Padford alargó la mano izquierda. Tomó el micrófono:

—Dooley, ¿qué hay del canal? —preguntó.

—A mi juicio, mantiene el mismo nivel. ¿Quiere que salga a plantar un jalón indicador?

Padford dudó un momento.

—Debimos haberlo hecho anoche —contestó al fin—. Pero no quiero que usted ni Huttmeier abandonen la nave bajo ningún pretexto, a menos que yo se lo ordene expresamente.

—Bien, señor.

—En todo caso, sitúe un telémetro de los equipos geodésicos y enfile un punto graduado sobre la orilla opuesta del canal. Ponga el aparato fijo sobre un trípode y haga observaciones periódicas, cada hora, por ejemplo.

—Buena idea, señor. Ahora mismo lo haré. ¿Han visto algo ustedes?

—No, Herb. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

Janet cortó la comunicación.

—¿Por qué no ha querido decirle nada? —preguntó.

—No deseo causar alarmas innecesarias — respondió él.

—Pero imagínese que fueran atacados. Sabiendo que hay posibilidades de ver gente extraña, estarían prevenidos y…

Un súbito frenazo de Padford interrumpió a la muchacha. Janet

iba a preguntarle qué ocurría, cuando le vio mirando hacia adelante, con el cuello estirado y los ojos fijos en un punto situado ante la proa del vehículo.

Ella miró también. Su cuerpo sufrió un fuerte estremecimiento.

—¡Pisadas humanas! —dijo.

Padford cortó el gas. Agarró el rifle, abrió la portezuela y saltó fuera.

Janet le imitó en el acto, sin descuidar sus armas. Caminó media docena de metros y se detuvo junto a Padford.

El joven estaba arrodillado en el suelo, contemplando unas pisadas humanas, nítidamente impresas en la arena. Janet miró hacia adelante; las pisadas se perdían a lo lejos, en las cercanías de unos pedruscos semienterrados en la arena.

—¿Qué cree usted...? ¿No le parece que nos estuvieron espiando?

Padford levantó la mano. Luego, incorporándose, desconectó la radio.

Acercó su casco al de la muchacha.

—Hablaremos por contacto a partir de ahora — dijo —. No conviene que nos escuchen.

—Sí, desde luego.

Padford caminó lentamente, siguiendo las huellas, que tenían unos perfiles definidos. No cabía la menor duda; habían sido hechas por alguien que vestía un traje espacial análogo al que ellos llevaban puesto.

A pocos pasos de las rocas, Padford se detuvo y extendió la mano izquierda. Luego le dijo por señas que permaneciera en el mismo sitio.

Janet obedeció. Con ojos ansiosos vio a Padford llegar a las rocas, contornearlas y desaparecer al otro lado.

Pasaron algunos minutos. La impaciencia de la muchacha crecía rápidamente.

No se pudo contener. ¿Y si le había ocurrido algo?

Echó a correr. Padford apareció en aquel momento.

Casi sollozó de alegría.

—Llegué a creer que le había sucedido algo — dijo, olvidada de que sus palabras no podían salir del casco.

Padford le hizo una señal.

Janet avanzó. Dio la vuelta a las rocas.

Al otro lado vio más huellas. Esta vez, no eran de pies humanos.

Eran las rodadas dejadas por un vehículo que, según todas las trazas, era idéntico al suyo.

Las huellas, paralelas, convergían en el horizonte gris del planeta.

V

Janet pegó su casco al de Padford.

—Bick, sigamos esas rodadas —dijo excitadamente.

—Ahora mismo — contestó él.

Regresaron corriendo al automóvil. Entraron en el interior y tras ajustar la portezuela, Padford puso el vehículo en marcha.

Segundos más tarde, corrían a treinta y cinco kilómetros a la hora, siguiendo un rumbo paralelo a las huellas del misterioso automóvil. Padford había restablecido en la cabina la presión normal, a fin de poder hablar sin molestias.

—Marte está habitado —repetía ella una y otra vez—. Los mensajes de mi padre lo aseguraron y esto acaba de confirmarlo.

Padford asintió. La impaciencia le devoraba asimismo.

Sin embargo, no se atrevía a correr más. El terreno no era precisamente una carretera asfaltada. Resultaba preciso prevenir cualquier imprevista avería. A casi cien kilómetros de la «Kelton II», podía tener consecuencias insospechadas para ellos.

El nivel del terreno ascendía suavemente, se percató Padford. Las rodadas desaparecían al otro lado de la cresta de una colina baja y alargada, que más parecía un abultamiento de la superficie que un accidente orográfico.

Alcanzaron la cima. Casi en el acto, Padford aplicó el freno.

—¡El canal! —gritó Janet.

—¿Y más arriba? —dijo él.

Estaban a unos mil metros de distancia del canal y a unos sesenta o setenta metros sobre su nivel del borde. A unos mil quinientos metros a su izquierda, como cerrando el acceso al mismo, se veía una gigantesca represa, que servía para contener las aguas de un lago de incalculables dimensiones.

Los límites del lago se perdían a lo lejos. Podían verse sus orillas, dado que tenía una forma bastante alargada, pero no su final.

La presa tenía la altura del borde del canal. Era una obra humana, no había duda alguna.

—Por lo menos, construida por seres inteligentes... y ahora malignos —dijo Padford, señalando la enorme brecha central, por la que caían las aguas en colosal catarata.

La brecha medía más de cien metros de largo por cincuenta de profundidad. Era un caudal enorme el que se desplomaba por aquella abertura, con un ruido sordo, constante, que llegaba al automóvil con toda claridad, pese a la distancia.

—Vamos a ponernos los cascos —dijo él—. Es posible que tengamos que saltar con rapidez fuera del vehículo.

Alcanzaron uno de los extremos de la presa, de un grosor insólito, dada su enorme altura. La caída de las aguas a través de la brecha era un espectáculo fascinante.

La anchura del coronamiento era de unos sesenta metros. En la base, el dique debía de medir trescientos o más metros. Era la única forma de resistir la fenomenal presión de las aguas embalsadas.

—Así que los marcianos regulan los deshielos — dijo Janet, pasados unos minutos de silencio.

—Pero alguien quiso darnos un disgusto y voló parte de la presa.

—¿Y cómo es que no oímos nada? Han tenido que emplear una enorme cantidad de explosivos...

—Muchacha, nos hallamos a más de setenta kilómetros del punto de cruce. A menos que hubiesen empleado explosivos atómicos, resulta lógico que no hayamos escuchado nada.

Janet meneó la cabeza.

—No lo comprendo. Es una obra perfecta. Las pirámides de Egipto son una futesa comparadas con este dique... ¿y hay alguien lo suficientemente perturbado para querer matarnos destruyendo aunque sólo sea en parte esta obra tan maravillosa? Es como matar moscas a cañonazos...

—Por lo visto, también en Marte hay chiflados — dijo Padford con sorna—. Bueno, vamos a ver en dónde terminan las rodadas y dónde se escondió el vehículo cuyos ocupantes nos estuvieron vigilando anoche.

Saltó al suelo. Las rodadas se dirigían directamente al embalse y entraban en el coronamiento. Seguramente, pensó Padford, procedían del vehículo de los que habían volado parte de la presa.

A cien metros del acceso, aproximadamente, desaparecía toda señal de rodadas.

—Habrá un túnel secreto —apuntó Janet.

Padford miró hacia adelante.

—¿Y si vinieron a todo correr y se precipitaron en la brecha,

ignorantes de lo ocurrido? — sugirió.

Exploraron detenidamente el pavimento del coronamiento de la presa. Ya no había más señales de rodadas.

—Otro misterio más, Bick —suspiró ella.

El agua, al caer, hacía un ruido atronador. Nubes de espuma se elevaban a lo alto. Padford miró a lo lejos. El lago parecía un océano.

—Tardará mucho en descender a nivel de la brecha —profetizó.

—Lo cual significa que estamos aislados en este lado del canal, ¿no?

—Mucho me temo que sí…

Las esclusas de desagüe inferiores estaban cerradas.

—Aquí debe de haber gente —dijo Janet de pronto—. En un dique, siempre hay especialistas que lo vigilan…

—A juzgar por lo que estoy viendo, no me extrañaría en absoluto que fuese de funcionamiento completamente automático, con los aparatos de observación de nivel, presión y demás a mucha distancia de este lugar.

—Puede que sí, pero, ¿en dónde, Bick?

El joven miró en torno suyo. De pronto, vio algo que centelleaba rápidamente.

—¡Corramos! —dijo—. Nos están llamando de la nave.

La lámpara de urgencia funcionaba activamente. Mientras corría, Padford equiparó su transmisor de radio con la frecuencia de la nave.

Alcanzó el automóvil, alargó la mano y dio el interruptor de contacto. Ahora podía hablar con el transmisor del casco.

—Habla Padford —dijo—. Adelante, «Kelton II».

—¡Capitán! — Era Huttmeier y parecía muy ansioso—. Jirinov y Virsic están en peligro… Escuche…

—Habla Jirinov —sonó la voz del ruso, tranquila, sin demostrar nerviosismo—. Nos están siguiendo en dos vehículos idénticos al nuestro. Parece que abrigan intenciones hostiles. Intentamos contactar con ellos, pero dispararon una vez y nos largamos. Tratamos de alcanzar la nave…

—¿Quiénes son? ¿Les han visto la cara? —preguntó Padford.

—No. La distancia es excesiva… ¡Ahora aparece otro automóvil por delante de nosotros! ¡Quiere cerrarnos el paso! ¡Es fantástico!

¡Vehículos exactamente iguales a los nuestros! ¡A la derecha, Gabriel!

—¡Corran, alcancen la nave! —gritó Padford.

—Estamos intentándolo... Ahora vemos más vehículos... Nos han cercado por completo, señor. Siento decirle que Gabriel y yo vamos a tener que defendernos. ¡Para, Gabriel! ¡Los rifles!

Padford y Janet oyeron unos ruidos raros. Luego les llegó el inconfundible estampido de unas armas de fuego.

—¡El lanzagranadas! —gritó Virsic una vez.

Se oyó una atronadora explosión. Luego sonó la voz de Jirinov.

—Hasta no sé cuándo, capitán —dijo—. Un batallón de marcianos se nos echa encima y...

La comunicación se cortó bruscamente. Janet y Padford se miraron, consternados.

—Han muerto —dijo ella.

—Quizá sólo están prisioneros — trató Padford dé animarla—. Pero vamos a intentar el regreso a la nave.

—¿Cómo? —preguntó Janet, señalando la brecha en el dique—. ¿Cuándo bajará el nivel de las aguas lo suficiente como para poder cruzarlo con el automóvil?

—Tal vez nuestra situación no sea tan desesperada como parece —contestó él—. ¡Arriba!

Literalmente, izó a pulso a la muchacha. Luego puso en marcha el motor, arrancó, dio una vuelta en redondo y partió a toda velocidad hacia la nave.

—Seguiremos paralelamente al canal — dijo —. De este modo, no hay posibilidades de extravío.

—Está bien —asintió ella. Padford tomó el micrófono.

—¡Atención. «Kelton II»! ¡Habla el capitán!

—Aquí, Dooley — le respondieron en el acto —. ¿Han oído a Jirinov y a Virsic?

—Sí, perfectamente.

—Les han asesinado, los muy canallas.

—Herb, no se precipite en sus juicios. Puede que sólo estén prisioneros. ¿Ven algo desde ahí?

—No, pero estamos preparados, capitán. Al primero que se acerque, le freiremos a cañonazos.

—Pudiera ser que se presentara alguien con bandera de

parlamento. Escúchenle, pero no tomen ninguna decisión sin mi autorización.

—Entendidos, señor, pero, ¿ya conocerán estos salvajes el significado de un trapo blanco al extremo de un palo?

—Puede que usen otra cosa en lugar de bandera blanca; lo que no son, en manera alguna, es unos salvajes, Herb. Ignoramos su modo de pensar, sus características personales, su idiosincrasia... Quizás es que no quieren intrusos en su planeta.

Janet sacudió la cabeza.

—Bick, estos marcianos poseen una civilización muy adelantada — dijo —. Y las personas civilizadas no padecen complejo de xenofobia.

—Es cierto —convino él—. A menos que la xenofobia intervenga en su deseo de no tener relaciones con terrestres.

—¿Qué es lo que quiere decir, Bick?

—Pues... quizá sea una opinión algo aventurada, tal vez disparatada, pero, ¿qué sabemos si los supuestos marcianos no son sino terrestres, que no tienen interés en que se conozca su existencia?

Janet sacudió la cabeza.

—Imposible, Bick. Ni Rusia ni los Estados Unidos, hoy día, están en condiciones de enviar una nave tripulada a Marte. ¿Cómo iba a hacerlo otra nación menos adelantada tecnológicamente y, sobre todo, menos potente en el campo económico?

Una sonrisa amarga curvó los labios de Padford.

—¿Cuánto dinero han empleado los Kelton en enviar «dos» naves a Marte? ¿Cincuenta, setenta, cien millones?—El monto total de las dos operaciones, en cifras redondas, asciende a unos cuarenta y ocho millones —respondió ella.

—Otra nación distinta de las mencionadas pudo hacer algo parecido, ¿no cree?

—¿Sin contar con un Calhoun?

—¿Sabe usted acaso si disponen de «otro» Calhoun?

Janet hizo un gesto de impaciencia.

—Se habría conocido el lanzamiento de esa nave —alegó.

—¿Saben en la Tierra que los Kelton han lanzado dos naves?

—Nosotros es distinto... se hicieron pasar como platillos volantes...

—Todo lo que ustedes han hecho, pudieron hacerlo otros.

—Usted no me deja un resquicio para rebatir sus argumentos —se quejó ella.

—Estoy cubriendo todas las posibilidades, simplemente. Y es que hay un hecho irrefutable, aparte de lo que le ocurrió a su padre: En esta ocasión, yo mismo he oído a un compañero y conocido mío que iba a ser hecho prisionero por los marcianos.

Ella se mordió los labios.

—En tal caso, si todo lo que dice usted es cierto, ¿por qué no quieren que se conozca su existencia?

Padford demoró un momento la respuesta.

—Sólo hay una solución, a mi entender —dijo.

—¿Cuál?

—Agresión. Agresión a la Tierra, dicho en cuatro palabras —afirmó él rotundamente.

VI

Cuando llegaron a la orilla del canal, en el punto desde el cual se divisaba de frente la metálica silueta de la «Kelton II», Janet no estaba aún muy convencida de las teorías de Bick Padford.

Ella quiso seguir debatiendo el tema, pero Padford cortó sus palabras, diciéndole que tenían 2lgo más importante que hacer por el momento.

—¿Qué es, Bick?

—Pasar al otro lado del canal —respondió él sobriamente.

Entablaron contacto con la nave. A bordo, todo se desarrollaba sin novedad.

—Si ocurriera algo excepcionalmente grave, nos comunicaremos por morse con lámparas —dispuso el joven—. Ahora, vamos a ver si intentamos cruzar al otro lado. Ustedes no se muevan en absoluto de la nave.

—Enterado — contestó Huttemeier.

—¿Cómo piensa pasar al otro lado? —pregunto Janet.—Del modo más sencillo imaginable — respondió él.

—No tenemos una balsa siquiera; fue algo que no previmos...

Padford sonrió, mientras acercaba el vehículo al borde.

—Calhoun construyó este cacharro con cuatro grandes y hermosas ruedas de goma. Fíjese que balsa más hermosa podemos hacer sólo con una de ellas.

—Oh — dijo Janet —. Ni siquiera se me había ocurrido.

—Tampoco a mí, hasta que llegó la ocasión, pero bien dice que la necesidad aguza el ingenio. Usted sabe manejar este cacharro, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bien, tomará los mandos cuando yo se lo diga. ¡Agárrese, empieza el descenso!

El automóvil se inclinó y resbaló rápidamente unos metros, pero luego, las orugas, en reversa lenta, mordieron la arena y frenaron considerablemente la velocidad de descenso,

—Ahora nos sumergiríamos en diez o doce metros de agua — dijo él, aguantando el vehículo.

Poco a poco, fueron perdiendo altura. A unos diez metros de

distancia del borde de las aguas, Padford hizo un esfuerzo suplementario y detuvo el automóvil, mediante un hábil equilibrio entre la fuerza de la gravedad y la tracción de la marcha atrás.

—Manténgalo así hasta que yo le diga, Janet.

—Bien.

Ella tomó los mandos. Padford buscó en el compartimento de herramientas y halló una pala.

Saltó afuera, manteniendo el equilibrio con dificultad. Luego caminó lateralmente unos metros, perdiendo cuatro o cinco más de altura y, en el acto, empezó a cavar.

Durante una hora, trabajó sin interrupción. Al fin, consiguió explanar un trozo de terreno de, aproximadamente, las dimensiones del automóvil. La ladera arenosa facilitó considerablemente su trabajo.

No obstante, el sector explanado quedó aún con cierta inclinación, pero ya no había riesgos y el automóvil podía mantenerse inmóvil, con los frenos echados. Agitó la mano e hizo señas a Janet para que colocara el vehículo en el hueco excavado.

Momentos después, paraban el motor. El vehículo llevaba algunas cuerdas para eventualidades, pero, ni aun uniéndolas, hubieran podido llegar al otro lado.

—¿Cómo remaremos? —preguntó ella.

Padford le enseñó la pala.

—Hay dos —sonrió—. Ataremos dos de las ruedas y tendremos una bonita balsa. —Se echó a reír—. Poco se figurarán en la Tierra que en Marte se necesitan también embarcaciones.

—La gente se forma una imagen estereotipada de las cosas —dijo ella, saltando al suelo—. Marte es un planeta de desiertos y a nadie se le ocurriría venir aquí con un fueraborda en la astronave.

—Pero a Calhoun sí se le podía haber ocurrido — dijo Padford, empezando a manejar una pesada llave inglesa.

—Posiblemente, no se imaginó que alguien volaría parcialmente un dique... siempre suponiendo que sea un marciano.

—En todo caso, y sin ánimo de censurarlo, es un error imperdonable suyo.

—Puede que sí —admitió Janet meditabundamente—. Bick, quizá los marcianos no quieren atacar a la Tierra.

—Pues, ¿qué es lo que pretenden, si no desean que se conozca su

existencia?

—Usted habló antes de una tercera nación que pudo haber llegado aquí antes que nadie.

—Sí, desde luego.

—Imagínese que sus exploradores han encontrado riquezas minerales que no desean compartir con nadie.

—¿Qué clase de riquezas? ¿Oro? ¿Uranio? ¿Algún metal especial? No me parece una razón convincente, créame.

—Con oro, podrían resarcirse de sus gastos...

Padford interrumpió un instante su trabajo para mirarla.

—Janet, cuando una nación emprende una aventura semejante, no lo hace por el lucro, sino por algo más... digamos rentable.

—¿Por ejemplo?

—Ansias de poder, deseos de desquite... orgullo de considerarse a la cabeza de todas las naciones, afán de superar humillaciones pasadas. No olvidemos que hoy en día, Rusia y Estados Unidos son las dos potencias que dominan el globo.

—¿Apunta usted a una Alemania deseosa de desquitarse de lo padecido después de haber perdido la última guerra?

—¿Y qué me dice usted de la China continental? ¿Y Francia? Las hipótesis pueden ser muchas, pero los hechos concretos son escasísimos: su padre, Jirinov y Virsic han caído prisioneros de los marcianos y nosotros hemos sufrido un atentado. Eso es todo lo que hay, por el momento.

Padford acometió la tarea de desatornillar la última tuerca. Entonces, Janet dijo:

—Y esos marcianos—terrestres, ¿han construido también este gigantesco canal y el dique, Bick?

Padford meneó la cabeza.

—Se lo encontraron hecho — respondió —. El canal y el dique fueron construidos por la raza que habitó Marte y que se extinguió miles de años atrás. Y ellos, tal vez, al llegar aquí, han aprovechado muchos de sus descubrimientos... Bueno, por favor, ayúdame a poner esta rueda en el suelo.

La rueda medía casi dos metros y era más pesada de lo que aparentaba. Entre los dos, consiguieron colocarla tendida.

A continuación, quitaron la otra. Padford ató las dos sólidamente y luego, con ayuda de la muchacha, empujó el conjunto hasta el

borde del canal.

Las ruedas flotaron mansamente. La corriente había decrecido en velocidad y resultaba relativamente fácil mantener la balsa improvisada junto a la orilla tirando de un cabo.

Padford volvió al automóvil y cogió los dos rifles, sin olvidarse de quitar el cerrojo del cañón lanzagranadas, para evitar que pudiera ser utilizado por otros. Cargó también con las dos palas y regresó junto a la muchacha, que continuaba sosteniendo el cabo de amarre.

Padford se colocó uno de los rifles terciado a la espalda. Cambiándose alternativamente el cabo de amarre, consiguieron acomodarse los objetos personales que debían llevar encima.

Janet embarcó la primera. Padford mantuvo la amarra hasta que ella estuvo instalada. Luego saltó a bordo.

La corriente empujó la balsa inmediatamente.

—Navegaremos en sentido oblicuo; es la manera de fatigarnos menos — dijo él.

Las palas resultaron ser unos remos eficaces, pese a la incomodidad de su manejo. Pero al fin lograron poner pie en la orilla opuesta cuando ya se iniciaba el ocaso.

Padford había llevado también consigo un pequeño pico, que hincó primeramente a modo de pilote de amarre. Luego lo reforzó con las palas clavadas profundamente.

—Es curioso —observó Janet, en el momento de desembarcar—. El terraplén es de arena y, sin embargo, no parece desmoronarse ni por la gravedad ni por la fuerza del viento.

—Me he fijado en ello —dijo Padford—. La capa superior tiene un aglutinante especial que le confiere cierta solidez y resistencia a los agentes atmosféricos.

—Como si la hubiesen rociado con goma pulverizada.

—Más o menos. Debió de resultarles el procedimiento más económico. Imagínese qué hubiera costado «forrar» el canal de cemento totalmente.

—Puesto que desconozco el valor de la moneda marciana, me es imposible hacer un cálculo — contestó ella sonriendo.

Y empezaron la ascensión, lenta y penosa, pero que tuvo su término.

Cuando llegaron arriba, vieron que estaban a unos dos kilómetros de la nave. Ya era casi de noche, pero Huttmeier y Dooley

mantuvieron encendida una luz para orientarles.

Media hora después, se despojaban de los trajes espaciales.

Janet anunció sus inmediatos propósitos de tomar un baño. Huttmeier ofreció a Padford una copa de vino.

—Capitán, ¿cuáles son sus pronósticos? —preguntó.

—No queremos que nos oculte la verdad, por amarga que sea —agregó Dooley.

Padford bebió el vino a largos sorbos. Chasqueó la lengua y luego dijo:

—La verdad no es agradable. Aparte de Kelton, Jirinov y Virsic están prisioneros de los marcianos… si no han muerto. Pero, en fin, pongámonos en lo mejor. Están prisioneros. ¿Nos corresponderá a nosotros la misma suerte?

»Janet y yo estuvimos .a punto de morir. La inesperada avenida no provenía de un deshielo súbito, sino de la voladura parcial de un dique de dimensiones inimaginables. A setenta kilómetros hacia el Norte hay un lago enorme… y las aguas tardarán todavía mucho en quedar al nivel de la brecha.

»E1 resumen de lo que hemos deducido Janet y yo es lo siguiente: Primero, hay seres inteligentes, humanos o no, en Marte.

»Segundo, opinamos que son humanos, es decir, con una figura más o menos parecida a la nuestra. Tercero, no les interesa que su existencia sea divulgada.

»Cuarto, creemos que proceden de la Tierra. No sabemos cómo ni cuándo llegaron, pero hemos deducido, repito, que vinieron del mismo sitio que nosotros. Es más, Calhoun es uno de ellos. «Quinto, Calhoun, seguimos ignorando cómo vino a Marte y volvió a la Tierra. Hemos encontrado restos de un automóvil y son exactamente iguales al que hemos dejado en la otra orilla. Es una excesiva semejanza para achacarla a la casualidad.

»Y sexto, personalmente opino que también nosotros vamos a ser atacados, aunque no puedo predecir el momento. Esto es todo lo que puedo manifestar por ahora.

—Necesito una copa —dijo Huttmeier con voz desfallecida.

Dooley soltó un taco.

—Si nos atacan, les responderemos —gruñó.

—Jirinov y Virsic también lo hicieron y… ¿de qué les sirvió?

Huttmeier despachó su copa.

—Así que Calhoun es un marciano — dijo.

—Por lo menos, ha estado aquí.

Huttmeier se revolvió de pronto.

—Capitán, sólo hemos comunicado a la Tierra nuestra llegada y el inicio de las exploraciones. ¿Por qué no nos ponemos en contacto con la señora Kelton? Ella es la encargada de las comunicaciones, ¿no?

—En efecto, ha tomado a su cargo la recepción y transmisión de toda clase de mensajes —convino Padford.

—Bien, convendría explicarle lo que sucede e indicarle que hable claramente con Calhoun. Necesitamos saber quién es y qué pretende ese pajarraco, ¿me ha comprendido?

—Perfectamente. —Padford consultó su reloj—. Pasarán dos horas antes de que estemos en situación óptima para emitir y recibir mensajes. Mientras tanto, me asearé y comeré un poco. Y no descuiden la vigilancia.

—Después de lo ocurrido, por descontado — aseguró Dooley fieramente.

Padford esperó a que Janet terminara su baño. Lo hizo él a continuación, se puso ropas limpias y después ingirió una sólida cena que le dejó como nuevo.

Mientras, Dooley preparaba todo para el mensaje. Padford lo redactó y lo cifró en una clave especial, convenida de antemano, a pesar de que tenían la seguridad de que, con los aparatos diseñados por Calhoun era imposible su interceptación.

Poco más tarde, Padford pasó a Dooley una cuartilla llena de signos gráficos. Dooley se sentó ante una mesita baja, en la que había una máquina aparentemente de escribir y empezó a aporrear las teclas.

Al terminar, dijo:

—Dadas las distancias respectivas, el mensaje tardará unos treinta y siete minutos. Hay que contar media hora, por lo menos, para descifrarlo. Luego tendremos que esperar a que la señora Kelton hable con Calhoun y finalmente, otra hora más para cifrar y expedir su mensaje. Opino que antes de cuatro horas no tendremos respuesta... y eso — miró a Janet —, contando con que su madre esté de guardia en los aparatos.

—Hay una grabadora funcionando constantemente — indicó ella.

—Sí, pero olvidamos haber instalado una señal especial para que supiera que está recibiendo un mensaje —dijo Padford—. Sin embargo, ya no se puede hacer y será forzoso armarnos de paciencia.

—Se lo indicaremos en el próximo mensaje — habló Huttmeier.

Las horas pasaron lentamente. Padford tenía sueño, pero quería estar despierto cuando se recibiese la contestación de Laura Kelton.

Mientras aguardaban, relataron sus aventuras y formularon nuevas hipótesis, ninguna de las cuales pareció viable. Por fin, pasadas las dos de la madrugada, según el horario terrestre, acomodado a Marte, sonó un tableteo en el teletipo.

Todos corrieron hacia el aparato. Las teclas marcaban automáticamente la respuesta. Padford, con el libro de claves en la mano, esperó a que apareciera la señal de FIN DEL MENSAJE.

Cuando llegó la señal, arrancó el papel y se puso a traducir el mensaje al lenguaje corriente.

—Me siento pesimista —dijo—. Es muy corto.

Padford tenía razón en ser pesimista. El mensaje sólo contenía cuatro palabras:

CALHOUN HA SIDO ASESINADO

VII

El color del cielo era gris, plomizo. Las nubes corrían bajas a gran velocidad y el viento levantaba remolinos de arena.

Janet dormía en su cámara. Desmoralizada por la noticia, Padford había terminado por propinarle una dosis de sedante y ahora la joven descansaba, libre su mente por el momento de preocupaciones.

Padford mismo había dormido sólo unas pocas horas. El nerviosismo no le había dejado dormir más.

Se había levantado al amanecer, relevando a Huttmeier en la guardia. En pie, junto a una de las lucernas, contemplaba fijamente el paisaje.

Dooley apareció con los ojos circundados por unas manchas violáceas.

— ¡Qué noche, capitán! —refunfuñó el individuo.

Padford asintió pensativamente. Su vista estaba fija en la llanura. Aún se veían parte de las huellas dejadas por el automóvil de Jirinov y Virsic, pero era evidente que la arena las cubriría pronto.

—¿Quiere una taza de café, capitán? —invitó Dooley.

—Bueno.

Padford bebió distraídamente el café. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Herb, ¿sabe a qué distancia estaban Jirinov y Virsic cuando fueron apresados?

—Pues... acababan de comunicar que estaban a unos quince kilómetros. Lo que pasa es que desde aquí no se les veía; hay unas lomas que ocultan el panorama y...

Padford asintió.

—Les marqué un rumbo. ¿Indicaron alguna desviación?

—No, dijeron que seguían siempre la dirección señalada.

El joven volvió a mirar a través de la ventana.

—Sería cosa de explorar el terreno en el lugar donde fueron atacados —dijo.

—¿Con esta tormenta de arena? Está arreciando, capitán. Salir ahora sería una locura. Se perdería en pocos minutos...

Padford pegó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—El tiempo está empeorando, es cierto — masculló.

Dio dos vueltas por la cámara. De pronto, se detuvo delante de una ventana desde la que se divisaba el canal.

—¡Herb! —llamó de pronto.

Dooley acudió en el acto.

—¿Sucede algo, capitán?

—Sucede una cosa: hay ladrones en Marte.

—¿Eh?

—Sí. Mire, desde aquí se divisa el borde opuesto de la corriente de agua. ¿Dónde está nuestro automóvil? Janet y yo nos detuvimos justo frente a la nave, aunque luego, al cruzar embarcados, saltamos a tierra dos kilómetros más abajo...

—¡Es cierto! —respingó Dooley—. ¡Se han llevado el automóvil!

Hubo un momento de silencio. A pesar de hallarse en el interior de la nave, se oían claramente los lúgubres silbidos del viento.

—Capitán, este maldito planeta empieza a darme miedo — dijo Dooley.

—No es el planeta, sino los hombres que lo habitan — corrigió Padford —. Y nosotros también lo somos, aunque en menor número. Hay misterios en Marte, pero no tan profundos como creemos.

—¿Sí? Y ¿qué me dice de Calhoun? Lo han asesinado; la señora Kelton lo expresó bien claramente.

—Eso me confirma en mis suposiciones: los marcianos son terrestres, si es usted capaz de entenderme.

—Le entiendo perfectamente, señor. ¿Significa eso que tienen agentes en la Tierra?

—Deben de tenerlos... o los han enviado, de la misma manera que Calhoun llegó sin ser advertido por ningún sistema de detección. Hay que tener en cuenta una cosa, Herb.

—Sí, capitán.

—Estamos en mil novecientos setenta y seis. Desde que se empezó a usar el radar, en el año cuarenta, más o menos, han pasado solamente treinta y seis años. Pero ¿cuándo se instalaron las grandes redes de alerta por radar?

—Pues a partir de los años cincuenta, más o menos —contestó Dooley.

—Calhoun parecía viejísimo, aunque no lo fuese. Supongamos que en el momento de morir tuviese sesenta años. Si llegó a la Tierra

después de acabada la segunda guerra mundial, ¿quién iba a detectar su astronave? Y entonces hubiese tenido unos treinta y pico de años, no olvide este detalle.

—¿Y el agente que lo asesinó?

—Pudo haber ido con él...

—¿Y dejarle organizar dos expediciones a Marte? Capitán, seamos realistas; el asesino llegó mucho tiempo después..., incluso después de que el señor Kelton hubiera llegado a Marte. ¿Por qué no fue antes a detener a Calhoun? Se lo diré, señor.

Dooley apuntó con el dedo al joven.

—Quizá Calhoun era el único que conocía el medio de llegar a la Tierra sin ser detectado. A nosotros se nos dijo que pasaríamos por un platillo volante que se alejaba del planeta; pero ¿qué sabemos si hay un sistema secreto antidetección dentro de la nave? Y los marcianos, los amigos de Calhoun, tardaron mucho en encontrar ese secreto y perfeccionarlo, y, cuando lo tuvieron listo, despacharon a un asesino y se quitaron a Calhoun de en medio.

Padford consideró los razonamientos de su subordinado.

—Es una teoría muy aceptable, Herb —sonrió—. A mí me parece perfectamente lógica y a usted... ¿verdad que se ha quedado mucho más aliviado después de exponerla?

Dooley le contempló unos segundos con los ojos muy abiertos. Luego se echó a reír.

—¡Pues es verdad, capitán! —exclamó—. Ahora me siento mucho mejor y...

Un sonido tableteante le interrumpió de pronto.

—¡La radio! ¡Están comunicando desde la tierra!

Padford corrió en busca del libro de claves. Cuando regresó, Dooley estaba inclinado sobre el teletipo que recogía los mensajes emitidos a ciento cincuenta millones de kilómetros.

Janet apareció en aquel momento y vio a los dos hombres.

—¿Bick?

—Estamos recibiendo un mensaje —contestó el joven, sin mirarla —. Creo que ahora conoceremos más detalles de la muerte de Calhoun.

Huttmeier llegó también en aquel instante. El tecleo se interrumpió súbitamente, antes de que apareciese la señal de FIN DE MENSAJE.

—¡Qué raro! ¿Por qué se interrumpe la transmisión? — exclamó Huttmeier.

Padford arrancó del rodillo el trozo de papel impreso.

—Voy a descifrarlo —dijo—. Dooley, siga atento a la recepción.

—Sí, señor.

El joven se sentó delante de una mesa, armado del libro de claves, papel y lápiz, y empezó a trabajar.

Unos minutos más tarde, había traducido el mensaje al lenguaje llano:

> *Calhoun —fue asesinado inopinadamente por pistolero que se presentó en mi casa, cuando cenábamos juntos. Pude reducirle y traté de someterle a interrogatorio con ayuda de Jerry Lang...*

—Es uno de los capataces de confianza — aclaró Janet un tanto innecesariamente, puesto que Padford los conocía a todos.

La lectura prosiguió:

> *...Pero el prisionero se resistió tenazmente. No obstante, pude deducir tenía algún cómplice más en la Tierra. Empezamos a pensar en aplicarle drogas, pero, de repente, ingirió cápsula cianuro que llevaba en la boca y se suicidó. Por favor, deseo noticias de Henry y de Janet. Todo sigue bien aquí. Estaré prevenid...*

En este punto, se interrumpía el mensaje.

—Capitán, el transmisor sigue mudo —informó Dooley.

—Continúe a la escucha —respondió Padford.

Janet estaba muy pálida.

—¿Qué le habrá pasado a mi madre? —preguntó.

—No lo sé —respondió Padford—, pero yo siempre la vi una mujer resuelta y enérgica. Me la imagino cenando en compañía de Calhoun, comentando detalles de la expedición y expresando sus esperanzas. El pistolero irrumpe de pronto, dispara contra Calhoun y lo mata..., ella reacciona rápidamente y le arroja algo, un jarrón, una silla, cualquier objeto susceptible de derribarle al suelo y hacerle perder la iniciativa. El resto se imagina fácilmente — concluyó.

—La ataría antes de que se recobrase y luego llamó a Jerry Lang —dijo Janet.

—Sí, y por eso ha tardado tanto el segundo mensaje, a mi entender, puesto que Lang no vive arriba, en la colina, sino en las viviendas próximas a la fábrica. Entre que llamó a Lang, subió éste a la colina y empezaron a interrogar al asesino, han podido pasar muy bien las horas que hemos estado aguardando el segundo mensaje.

—Es una mujer muy valiente, en efecto —comentó Huttmeier—. Pude darme cuenta de ello y de su grandeza de alma. Hubiera hecho un esfuerzo para venir aquí, a pesar de su precaria salud, pero prefirió dejar su puesto a otro más capacitado que pudiera colaborar en mejores condiciones en el rescate de su marido.

—Me agrada oírles hablar así de mi madre — manifestó Janet —. Pero nos estamos desviando de la cuestión principal. Ha dicho que sospecha que el asesino de Calhoun parece tener más cómplices en la Tierra.

—¡Eh! —gritó Dooley de pronto—. La radio funciona de nuevo.

Janet corrió junto al aparato. El rodillo con el papel en el que se grababan los signos gráficos del mensaje iba y venía velozmente.

La señal de FIN DEL MENSAJE apareció con relativa prontitud. Janet arrancó el papel y corrió junto a Padford.

El joven se aplicó a descifrar el mensaje. Poco después, tenían completa la segunda mitad:

> *Cómplices asesinos Calhoun intentaron volar estación radio. Jerry y yo nos tiroteamos con ellos, abatiéndolos. Jerry tiene brazo izquierdo hecho polvo, pero aguanta. Desperfectos ligeros, fácilmente reparables. Creo no hay más cómplices en la Tierra. Por favor, envíen noticias pronto. Aguardo impaciente. Fin del mensaje.*

—¡Qué mujer, qué mujer! — exclamó Huttmeier.

—Me hubiera gustado verla disparando a diestro y siniestro contra los saboteadores —sonrió Padford.

—Sí, debió de ser todo un espectáculo —convino Dooley.

Janet puso una mano sobre el brazo del joven.

—Bick, por favor, redacte un mensaje. Dígale francamente todo lo que ocurre, sin ocultarle nada. Añada también que estamos

haciendo todo lo posible por encontrar a papá… y que tenemos buenas esperanzas. Esto ya es una mentira piadosa, pero quizás acabe convirtiéndose en verdad.

—Lo haré — prometió Padford.

Minutos después, tenía listo el mensaje, que leyó antes de cifrar. Janet lo aprobó sin objeciones.

—Ah —dijo él de pronto, escribiendo unas palabras —: Me olvidaba de algo importante en la despedida.

—¿Qué es, Bick? —preguntó ella.

—«Besos, Janet» —sonrió el joven—. ¿No es así como se concluye un mensaje a una persona querida?

Janet hizo un esfuerzo por sonreír. Padford le oprimió el brazo con gesto cariñoso.

— ¡Ánimo, muchacha! —dijo—. No tardará mucho en hacer efectivo ese final de mensaje… aquí y en la Tierra, se lo aseguro.

VIII

La tormenta de arena había cesado.

El cielo había recobrado su habitual limpidez. Algunas nubes de color rosado se deslizaban suavemente por el cielo, a gran altura.

Padford terminó de preparar su equipo. La autonomía de las botellas de aire alcanzaba a las ocho horas y no pensaba estar tanto tiempo fuera de la nave.

Estaba a punto de salir, cuando llegó Janet, equipada de idéntica manera.

—Iremos juntos —dijo la muchacha.

Padford la miró a sus ojos. Lo que vio en ellos le hizo abstenerse de formular ninguna objeción.

—Está bien, pero nos llevaremos uno de los dos lanzagranadas que quedan y cuatro proyectiles — dijo.

—Conforme.

Momentos más tarde, estaban al pie de la nave, cuyo pico se alzaba a ciento diez metros sobre sus cabezas.

Los rifles iban terciados a la espalda. Padford llevaba al hombro el tubo del cañón, hecho en una aleación que le confería una ligereza extraordinaria, al par que una notable resistencia a la deflagración de los gases en su interior.

El calibre era de treinta milímetros y, naturalmente, había sido diseñado por Calhoun. Podía lanzar con absoluta puntería una granada a mil metros, pero su alcance máximo triplicaba fácilmente aquella cifra.

Las granadas, de alto poder explosivo, por parejas, iban colgadas de los cinturones de ambos. Padford confiaba en no tener que utilizar el cañón…, pero se acordaba de Jirinov y Virsic, quienes sí lo habían empleado.

— Vamos —dijo, apenas pusieron el pie en el suelo.

El tercio de gravedad marciana facilitaba la marcha. El peso habitual de Padford, que oscilaba en torno a los noventa kilos, quedaba reducido a treinta y, en análoga proporción, el peso del equipo que llevaban sobre sí.

Recorrieron los primeros kilómetros a paso muy vivo. Salvaron la colina que cerraba el horizonte desde la nave y emprendieron el

descenso hacia un extensísimo valle, de laderas muy suaves, surcado por ligeras ondulaciones que no parecían alterar la planicie, hasta que se llegaba a sus inmediaciones.

De cuando en cuando, se encontraban con algún grupo de rocas erosionadas por el viento y la arena. Cada vez que llegaban a sus cercanías, Padford iniciaba la aproximación con todo género de precauciones, a fin de evitar una sorpresa desagradable.

Así recorrieron unos quince kilómetros. En el centro de una hondonada, Padford tendió la vista en tomo suyo.

—El secuestro de Jirinov y Virsic debió de producirse en estos parajes — calculó.

—Es una lástima que la tormenta de arena haya borrado todas sus huellas —se lamentó Janet—. Ahora estamos desorientados.

Padford señaló un grupo de rocas, en lo alto de una loma cercana, a unos trescientos metros de distancia.

—Vamos allí —dijo.

Reanudaron la marcha. Habían recorrido la mitad de la distancia, cuando Janet, súbitamente, dejó escapar un grito:

—¡Bick, mire!

Padford volvió la vista en la dirección que le señalaba la muchacha con la mano. Un automóvil corría hacia ellos a la velocidad máxima permitida por el terreno.

—¡A las rocas, pronto! —gritó.

Dando grandes saltos, remontaron la pendiente. Mientras corrían, Padford y Janet vieron dos automóviles más que se les aproximaban desde distintas direcciones.

En pocos segundos alcanzaron la protección de las piedras. Al llegar arriba vieron otros dos vehículos más que llegaban por el lado opuesto.

—¿De dónde habrán salido? —dijo Janet.

—Eso no importa ahora —contestó él, descolgándose el rifle de la espalda—. Janet, déme las dos granadas de cañón. Veremos si el explosivo ideado por Calhoun es tan potente como promete.

—Si es de la misma clase que el que voló la presa...

Los automóviles habían reducido su marcha. Sus tripulantes, a los cuales no podían distinguir sino confusamente, parecían mostrar una natural prudencia.

—Quizá se acuerdan del cañonazo que les disparó Jirinov —dijo

Padford, introduciendo una granada en la recámara.

Ajustó el cierre y buscó un lugar donde apoyar el cañón, largo de más de dos metros. De pronto, oyó una voz en el interior de su casco.

—¡Atención, terrestres! ¡Atención, terrestres! ¡Les rogamos que se rindan! ¡No queremos causarles ningún daño, a menos que ustedes nos obliguen a ello! Levántense con las manos en alto y sus vidas serán respetadas.

Janet fue a decir algo, pero Padford le contuvo con el gesto.

—¡Ríndanse, terrestres! — dijo la misma voz.

—¡No! —contestó Padford—. Vengan a por nosotros, si se atreven, asesinos.

La voz de Huttmeier sonó de pronto en su casco:

—Capitán, ¿les atacan?

—Parece que sí, pero no se preocupen por nosotros; vamos a darles una buena si se atreven a acercarse demasiado. Estamos bien protegidos y no hay motivo para sentir apuro. Sigan donde están, Martin.

—Sí, señor.

De nuevo se volvió a oír la voz del marciano.

—Es la última oportunidad que les damos. De lo contrario, aténganse a las consecuencias.

—¡Váyase al cuerno! —dijo Padford—. Y no se moleste en hablarnos más; vamos a desconectar las radios.

Así lo hizo e indicó a Janet que le imitase. Ella obedeció en el acto.

A continuación, Padford le indicó por señas que cubriese la retaguardia con el rifle. Acercó su casco al de la joven y dijo:

—Tíreles sin miedo, apenas vea que están a distancia conveniente. .

Ella asintió. Luego, el rifle entre las manos, se arrastró hasta unas piedras situadas a pocos pasos, desde donde dominaba el otro lado de la loma.

Padford dejó el cañón listo a su lado. Los automóviles habían reanudado su marcha, aunque ahora con mucha mayor lentitud.

Apuntó cuidadosamente con el rifle y disparó la primera vez. Apuntaba a la cabina transparente, pero, para asombro suyo, la bala rebotó.

—¡Maldición! —juró—. Esa cúpula es blindada.

Uno de los automóviles se detuvo de pronto. Giró de costado y quedó en sentido lateral respecto a Padford.

El joven vio en la parte posterior de la cúpula otra más pequeña, de la que salían dos tubos largos y oscuros. Un súbito presentimiento le hizo agacharse.

Las rocas fueron acribilladas por un par de cientos de proyectiles, disparados en poquísimos segundos. Las esquirlas volaron por todas partes, mientras las balas se aplastaban o rebotaban con agudos chillidos.

— Hasta ametralladoras usan, los muy...

Estaba visto, se dijo, que el rifle no servía para combatir a los atacantes cuando estaban dentro de los vehículos.—Me parece que Calhoun los conocía muy bien — dijo, cambiando el rifle por el lanzagranadas.

Asomó la cabeza con las debidas precauciones. El automóvil con la torreta de las ametralladoras maniobraba para situarse en una posición más favorable.

Estaba a un cuarto de kilómetro. Padford situó su imagen en la cruceta del visor de puntería y calculó su velocidad de marcha.

Presionó el disparador. El cañón emitió un sonoro bufido, a la vez que el proyectil salía lanzado con una velocidad inicial de mil doscientos metros por segundo.

El escape de gases en la parte posterior anulaba el retroceso prácticamente. Padford continuó mirando.

La granada alcanzó su blanco. Prodújose una cegadora explosión y el vehículo saltó en mil pedazos.

Los otros automóviles retrocedieron, asustados sus tripulantes por la enérgica reacción del joven. Padford expulsó la vaina vacía y colocó otro proyectil en la recámara.

El rifle de Janet detonaba a sus espaldas. Padford abrió la radio. Ella le oiría, dado que tenía conectado el receptor.

—No gaste municiones en balde —dijo—. Las cúpulas están blindadas.

—He podido darme cuenta de ello —contestó Janet—. Por lo visto, este modelo ha sufrido modificaciones con respecto a los que nos construyó Calhoun. Pero estoy tirando a las ruedas de goma.

—Es usted muy mala —sonrió Padford—. Si les deshincha las

ruedas, ¿cómo se podrán ir luego?

—Que usen las cadenas. — Y el rifle detonó de nuevo.

De pronto, uno de los automóviles arrancó velozmente hacia la loma. Otro, vuelto de costado, protegió su avance con el fuego de sus ametralladoras.

Padford se arrastró por el suelo, sin soltar el cañón. Apuntó cuidadosamente y, cuando el vehículo atacante se encontraba a cien metros, apretó el gatillo.

El automóvil se desintegró en una lluvia de fragmentos de metal y de carne y chorros de combustible inflamado. El otro automóvil redobló la intensidad de su fuego.

Padford cargó de nuevo el cañón. Buscó otro emplazamiento e hizo su tercer disparo.

Otro vehículo resultó completamente destruido.

—Este flanco ha quedado libre de atacantes —dijo.

—Aquí quedan dos —manifestó Janet.

Padford colocó el último proyectil en la recámara del cañón y corrió a situarse junto a la muchacha. El rifle de Janet detonaba sin cesar.

—Están usando las orugas — anunció ella.

—Lo cual reduce su velocidad de traslación. ¡Cuidado, agáchese!

El aviso llegó muy oportunamente. Esta vez, cuatro ametralladoras lanzaron sobre el roquedal un verdadero diluvio de balas.

Agachado, Padford dijo:

—Quedan dos automóviles... y nosotros sólo tenemos una granada, Janet.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Empléela usted como mejor crea conveniente —contestó.

Padford sonrió y asintió.

—La señora Kelton disfrutaría sin duda entre estas rocas — dijo.

—Nos ayudaría muchísimo, en efecto —convino ella con una alegre sonrisa.

Padford asomó la cabeza con grandes precauciones.

Los automóviles estaban a un cuarto de kilómetro, detenidos sin objeto aparente. La distancia entre ambos era de unos cincuenta o sesenta metros.

—Voy a ver si mato dos pájaros de un tiro

—dijo él.

Cambió el cañón por el rifle, introdujo un cargador de veinte disparos y apuntó cuidadosamente a la cúpula del automóvil más cercano.

—Tire al mismo sitio que yo, Janet — indicó —. ¡Y con toda la rapidez que le sea posible!

Ella obedeció. Observó el punto de impacto del primer disparo de Padford y empezó a hacer fuego aceleradamente.

Una lluvia de balas convergió sobre la cúpula del primer automóvil. Rebotaban, se veía claramente, pero también se podía advertir que los tripulantes estaban asustados por el ruido de los continuos impactos.

El conductor dio marcha atrás bruscamente, con toda celeridad. Al ver su maniobra, Padford recobró el cañón.

Sonó un agudo grito a través de la radio. El conductor del segundo automóvil increpaba a su compañero.

—¡Te vas a estrellar contra mi automóvil! —gritó.

El conductor frenó, antes de que se produjera el choque, pero a muy poca distancia del otro vehículo. Era lo que pretendía Padford.

Disparó la cuarta granada.

La explosión destruyó el primer automóvil y los efectos del estallido alcanzaron al segundo, arrancándole la cúpula y parte de la estructura superior. El segundo vehículo empezó a arder furiosamente.

Padford se puso en pie, contemplando el espectáculo.

—Ha sido duro, pero les dimos una buena lección — comentó.

Janet, a su lado, asintió, muy pálida.

De pronto, sonó una voz alarmada en sus auriculares.

—¡Capitán!

—¿Sí, Martin?

—¡Estamos rodeados! Hay lo menos diez automóviles a nuestro alrededor. Nos hacen señas de que nos rindamos...

—¡Resistan! ¡La nave es inexpugnable!

—¿También contra los cañones, señor? Cuatro de esos vehículos llevan cañones... y le aseguro que son de un calibre muy gordo.

Hubo una pausa de silencio. La voz de Dooley, fría, pero exasperada por la ira, sonó a poco:

—Capitán, lo siento, pero no nos queda otro remedio que izar

bandera blanca.

IX

Una ligera ráfaga de viento levantó remolinos de arena en la llanura.

La nave continuaba en su mismo emplazamiento. Sin embargo, no se veía a nadie a su alrededor.

—¿Adonde se los habrán llevado? —preguntó Janet con voz afligida.

Padford no contestó.

Estaba observando las huellas de vehículos que se entrecruzaban por todas partes en torno a la nave. Algunas de ellas eran de tamaño más corriente de lo que ya conocían. Seguramente, pensó, pertenecían a los vehículos armados con piezas de artillería.

El silencio era deprimente. Salvo ellos dos, no había nadie más en la llanura.

—Subamos —dijo Padford por fin—. Debemos recargar las botellas de aire, por si necesitamos salir. Hemos estado usándolas durante más de seis horas y les queda carga escasamente para dos.

Janet asintió en silencio.

Su pregunta había quedado sin respuesta. En realidad, ¿qué le iba a decir Padford, si sabía tanto como ella?

El ascenso hasta la primera escotilla, a setenta metros del suelo, debía hacerse por medio de escalones. Un ingenioso diseño de Calhoun evitaba la fatiga en demasía, haciendo que la escalera se enroscase en torno a la nave. En vuelo, los peldaños se replegaban en el interior del casco.

La escotilla estaba abierta en par en par. No se observaba el menor síntoma de lucha. Todo parecía funcionar con normalidad.

Cerraron la compuerta exterior y establecieron una presión normal en el interior de la esclusa. Poco después, se quitaban los cascos.

—Vamos arriba, a la cámara. Entonces discutiremos lo que debemos hacer.

Todavía tenían cincuenta metros sobre sí antes de llegar a la cámara principal. Un estrecho pasillo conducía al ascensor, situado en el centro, capaz solamente para dos personas.

El tubo del ascensor estaba rodeado por maquinaria y tanques de

combustible. A cuarenta metros, se iniciaban los compartimentos destinados a la carga de víveres, pertrechos y las cámaras donde se alojaban los tripulantes de la nave.

Los automóviles habían viajado en cámaras especiales, laterales, que se abrían directamente al exterior. Por encima de los camarotes individuales estaba el cuarto de pilotaje, la cámara de reunión y los cuartos de transmisiones y observación.

El ascensor se detuvo en su última etapa. Salieron fuera. El silencio en la nave era absoluto.

Padford dijo:

—Ahora nos asearemos. Después tomaremos algo de comer y discutiremos lo que hemos de hacer.

—De acuerdo — contestó Janet.

—Creó que su programa va a sufrir una ligera alteración, capitán Padford.

Los dos jóvenes se quedaron rígidos en el acto.

La voz había sonado a espaldas de ellos y tenía matices burlones. Padford, súbitamente, bajó la mano a la funda de su pistola.

—Sentiría mucho tener que destrozar a tiros a un hombre valeroso —dijo el mismo individuo—. Por favor, capitán; conténtese con cinco automóviles y quince hombres muertos. Es una buena marca, ¿no?

Padford separó la mano de la pistola.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Puede llamarme Smith, coronel Smith. Pero si no le agrada el nombre, dígame Pérez… o Dupont o Ivanov o Müller… A su gusto, capitán. ¡Desármenlos! — ordenó el desconocido repentinamente.

Las fundas de Padford y Janet quedaron vacías. Entonces el llamado coronel Smith se situó frente a la pareja.

Era un hombre bajo, achaparrado, robusto, de unos cuarenta años de edad, de cabellos castaños y ojos grises, en cuya boca se veía una continua expresión de ironía. Vestía un traje espacial muy semejante al de la pareja, salvo en el color, que era anaranjado vivo, con bandas negras en brazos y piernas, y una extraña insignia en el pecho.

Padford estudió la insignia. Era un trozo de metal dorado, con un pájaro heráldico nuevo para él: un águila tricéfala en negro, con ojos rojos, desproporcionadamente grandes para su tamaño. Debajo del

águila se veían tres discos rojos, tangentes entre sí, sujetos en apariencia por las garras del animal.

—La cosa ha estado durilla — añadió Smith —. Pero, al fin, hemos conseguido reducirles.

—Según parece, no tienen interés en que se conozca su existencia en la Tierra — dijo Padford.

—Ninguno, a decir verdad —reconoció Smith—. He de confesar que la intempestiva llegada de Kelton nos trastornó no poco, pero en medio de todo, nos resultó beneficiosa, ya que nos permitió tomar medidas para lo sucesivo.

—Medidas... ¿cómo el asesinato de Calhoun?

Smith sonrió maliciosamente.

—A veces, la razón de Estado...

—¿Cómo? — se sorprendió Janet —. ¿Acaso hay aquí un Estado marciano?

—Pues no diría yo que no — dijo Smith —. Claro que su configuración política no es semejante a la de los estados terrestres, pero podría llamársele de ese modo.

—Pero ustedes, ¿qué son? —preguntó Padford—. ¿Marcianos o terrestres?

Smith abombó el pecho.

—Ahora, marcianos —contestó con orgullo.

—Sin embargo, han nacido en la Tierra —dijo Janet.

—En la Tierra, hay personas que, por conveniencia propia, cambian de nacionalidad.

—Comprendo —murmuró Padford—. Y ustedes se consideran marcianos...

—De hecho y de derecho —confirmó Smith.

—¿Y quién les manda?

—Le llamamos el Guía, simplemente. Su nombre es Antel.

—Antel, ¿qué? —preguntó Janet.

—Antel a secas, sin más. O Guía, como prefiera. No tiene ningún otro tratamiento.

—Muy bien, ¿y qué pretende el Guía de nosotros?

—El tiempo de las explicaciones no ha llegado todavía —respondió Smith evasivamente—. Antes dije que su programa, capitán Padford, iba a sufrir una ligera alteración.

—Por la fuerza de las armas — dijo el joven.

Smith sonrió.
—Digamos más bien de las circunstancias. Se asearán y comerán, como había anunciado, pero a partir de aquí, su programa lo trazaré yo.
—¿Y consistirá en...?
—Todo llegará a su debido tiempo ——dijo Smith, sin querer entrar en más explicaciones—. Señorita Kelton, por favor, el baño está esperando.
Janet miró al joven como pidiéndole consejo.
—No tenemos otro remedio que obedecer — manifestó Padford.
—Una sensata norma de conducta —aprobó Smith.

* * *

Una hora después, Padford y Janet se vieron obligados a ponerse de nuevo los trajes espaciales.
Smith y sus acompañantes, en número de cinco, ya se habían ajustado los cascos. Padford observó que todos llevaban la misma insignia, aunque sin el distintivo de los círculos rojos que, pensó, debía señalar el grado asignado a Smith dentro de aquel Estado marciano.
—Ahora tendré que hacer con ustedes algo no muy agradable —anunció Smith a través de la radio—. Lamento las molestias que van a sufrir, pero son inevitables.
—¿Qué harán con la nave? —preguntó Janet súbitamente—. ¡Es mía...!
Smith movió la cabeza.
—El Estado marciano se ha hecho cargo de ella —contestó.
Movió la mano. Dos de los acompañantes de Smith se aproximaron a la pareja, cada uno de ellos provisto de una especie de capuchón hecho de un tejido negro y opaco.
El capuchón ajustaba perfectamente a los cascos espaciales.
Con acento de ironía, Smith dijo:
—Una de las costumbres terrestres es vendar los ojos a los prisioneros, por vía de precaución. Aquí hemos tenido que acomodar esa costumbre a las circunstancias del ambiente marciano.
—Están ustedes en todo, vaya —contestó Padford.
—Tenemos que hacerlo; de ello depende nuestra supervivencia —declaró Smith llanamente.

Minutos más tarde, se hallaban al pie de la astronave. Guiado por dos de sus captores, Padford trepó a un automóvil. En seguida se dio cuenta de que le separaban de Janet.

Uno de los marcianos le acomodó en su asiento. El vehículo arrancó casi de inmediato.

Durante tres horas, el automóvil rodó a buena velocidad, sin detenerse un solo instante. Padford hizo algunas preguntas, pero como respuesta no recibió otra cosa que un desdeñoso silencio.

De pronto, notó que el automóvil descendía por una pendiente bastante pronunciada. Cinco minutos después, el vehículo se niveló de nuevo.

Padford creyó oír a sus espaldas el ruido de un gran portón al cerrarse, pero el automóvil corría ahora por un terreno mucho más liso y su velocidad había aumentado, por lo que no pudo confirmar su impresión. De pronto, cuando habían transcurrido unos quince minutos más, el conductor aplicó el freno y el vehículo se detuvo.

Ayudado por sus captores, Padford saltó al suelo. Oyó el ruido de otro automóvil que pasaba a poca distancia y quiso volverse, pero un individuo le empujó hacia adelante con muy pocas ceremonias.

Padford caminó una docena de metros. Las manos que le sujetaban le soltaron.

Una puerta se cerró a sus espaldas. Padford quedó inmóvil.

De pronto, alguien le quitó el capuchón. Padford parpadeó al sentirse deslumbrado por la luz de la estancia en que se hallaba.

Un rostro conocido apareció ante su vista. —— ¡Antón Jirinov! — exclamó.

—El mismo, capitán —contestó el ruso, sonriendo—. Pero quítese el casco; aquí adentro hay una presión normal.

Virsic apareció en aquel instante, saliendo por una puerta lateral. Dooley y Huttmeier salieron segundos después.

—¡Capitán! ¡Nos alegramos de que esté aquí, con nosotros! —dijo Virsic, oprimiendo su brazo con fuerza.

—A mí me gustaría más estar afuera — contestó Padford—. De este modo, podría intentar el rescate de todos ustedes...

Jirinov movió la cabeza negativamente.

—Capitán, nos han dado jaque mate — contestó con voz lúgubre.

Padford miró en torno suyo.

La habitación en que se hallaban era amplia y espaciosa,

construida al parecer en el subsuelo marciano, a juzgar por el aspecto de sus paredes. Una puerta metálica, de aparente solidez, les cerraba el paso al exterior.

—Hay sitio para todos —dijo Virsic—. Y no se puede decir que esto es un «palace», al menos, disfrutamos de las comodidades mínimas. Tenemos literas, una mesa, varias sillas y un cuarto de baño.

—Y no olvides un televisor —añadió Jirinov—. Todos los días hay dos horas de emisión, con programas nativos y terrestres.

—Vaya, no se privan de nada — comentó Padford, admirado a su pesar—. ¿Agua y comida?

—En abundancia. La segunda, sintética, pero pasable —contestó Virsic.

—¿Han salido de aquí? —preguntó el joven.

—No nos lo han permitido.

—Entonces, ¿no han visto a Kelton?

—No, pero sabemos que está vivo. Me lo ha dicho Katia.

Padford alzó las cejas, extrañado.

—¿Quién es Katia, Antón? —preguntó.

—Una de las chicas que trabajan aquí. Hay bastantes, creo, y todas con un promedio de edad joven. Katia es rusa... o, por lo menos, de ascendencia rusa.

—Pero se siente marciana, antes que nada — dijo Virsic desanimadamente—. Antón intentó conquistarla...

—Le hablé de nuestro país, le mencioné hasta el ballet del Bolshoi, pero como si nada —añadió el ruso decepcionado.

—Bueno —dijo Padford, empezando a quitarse el traje espacial—, de momento, estamos vivos, lo que no es poco. Imagino que a Janet, como mujer, le habrán destinado una habitación para ella sola. Sin embargo, y mal que les pese a estos señores marcianos, acabaremos por encontrar un plan que nos permita escapar de aquí.

—Lo dudo mucho, capitán — manifestó Virsic con acento lleno de pesimismo.

—¿Por qué, Gabriel?

—Primero, no tenemos trajes espaciales. Pronto vendrán y se llevarán el suyo.

—Conseguiremos otros. Ellos también los usan — aseguró Padford.

Virsic volvió a menear la cabeza.

—Pues como no nos demos prisa, de nada nos servirán, capitán. Harán con la «Kelton II» lo mismo que hicieron con la «Kelton».

—Desguazarla — añadió Jirinov.

—Eso explica que no hayamos encontrado el menor rastro de la nave —dijo el joven.

—Exactamente, capitán.

Padford meditó unos segundos.

—¿Y no les han dado ninguna explicación acerca de lo que piensan hacer con nosotros?

—Todo lo que sabemos es que estamos encerrados aquí — contestó Jirinov apesadumbradamente.

—Y si tomamos el ejemplo de Kelton, no volveremos jamás a la Tierra — dijo Virsic.

—Pero ¿qué diablos pretenden estos sujetos? — exclamó Padford, súbitamente exasperado —. ¿Acaso declarar la guerra a nuestro planeta?

—Pues mire, capitán —dijo Jirinov—, a mí no me extrañaría en absoluto.

Padford calló durante unos momentos.

¿Era posible que hubiese alguien tan loco como para haber preparado un plan de destrucción de la Tierra, preparándose para ello durante años y años sin cesar? ¿En qué clase de mente cabían unos sentimientos tan disparatados? ¿Iba a cumplirse su profecía?

La puerta se abrió de pronto y dos hombres, pistola al puño, quedaron flanqueando la entrada. Una joven, alta, esbelta, de pelo negro y ojos oscuros, penetró en la estancia.

—Ésta es mi compatriota, capitán —dijo Jirinov.

—Soy marciana — contestó Katia orgullosamente—. Capitán, su traje espacial.

Padford se lo entregó, mirándola fijamente.

—¿Ha nacido aquí, Katia? —preguntó.

—El lugar de nacimiento no importa — respondió ella—. La patria de una persona es el lugar donde vive. Y yo vivo en Marte.

—Comprendo — suspiró Padford —. La compadezco, Katia.

—No necesito su compasión para nada, capitán — respondió la joven.

Katia vestía el uniforme que parecía ser común a todos los

habitantes de Marte: traje de una sola pieza, también de color anaranjado, como las escafandras espaciales y, sobre el seno izquierdo, la placa de metal con el águila tricéfala.

Pero Katia llevaba un disco rojo bajo las garras del animal heráldico. Padford pensó que la joven rusa debía de poseer algún grado en la organización que Smith había denominado —o aceptado denominar— Estado marciano.

Katia salió y la puerta se cerró de golpe.

—Escapatoria imposible, capitán —dijo Jirinov melancólicamente.

Padford examinó las paredes con aire distraído.

—Según parece, nos hallamos en un subterráneo —murmuró.

—A unos ochocientos metros de profundidad. Lo dijo Katia, en la única ocasión que se sintió locuaz —contestó Virsic.

—Así que estamos en una ciudad subterránea, ¿eh? Bien — dijo Padford—, puede que esto sea una cárcel, pero todavía estoy por ver la primera cárcel que resista una fuga.

—Sin trajes y sin astronave... —contesto Huttmeier desanimadamente.

—Nosotros no tenemos trajes espaciales y puede que dentro de poco no tengamos tampoco astronave — manifestó Padford con acento lleno de seguridad en sí mismo—. Pero ellos sí tienen de ambas cosas... y a ellos, tarde o temprano, acabaremos por quitárselas.

X

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde la llegada de Padford a su prisión.

Todo se había desarrollado normalmente: las comidas a su hora, el descanso, regulado exteriormente, mediante una reducción casi total de la iluminación, las sesiones de televisión en su momento preciso... Pero aún continuaban ignorando todo sobre su futuro.

Inesperadamente, Katia hizo acto de presencia.

—Capitán Padford, tenga la bondad de acompañarme — dijo la joven rusa.

Padford miró a sus compañeros.

—Espero volver a verle — dijo Jirinov.

—Aquí no matamos a nadie, como han hecho ustedes —contestó la rusa orgullosamente.

—Nos limitamos a defendernos, simplemente... y eso de que no quisieron matarnos, habría que discutirlo un poco más —manifestó Padford sarcásticamente —. Los chaparrones de balas que aguanté...

—No es momento de hablar de lo pasado — cortó Katia secamente—. Sígame.

Padford salió fuera de su encierro. Lo primero que vio fue un vasto túnel, brillantemente iluminado, de dimensiones que sobrecogieron su ánimo.

Había más de trescientos metros del suelo al techo y su anchura era aún superior. En cuanto a la longitud, no se podía calcular; sencillamente, no se veía su fin.

Había un pequeño automóvil, descubierto, aguardando a la puerta. En el asiento posterior, rígidos, inmóviles como estatuas, se veían dos hombres armados con fusiles.

Katia ocupó el puesto del conductor. Padford se sentó a su lado y el automóvil arrancó de inmediato.

De cuando en cuando, veía puertas a ambos lados del túnel. Se cruzaba con otros vehículos, algunos de ellos tripulados por mujeres, generalmente jóvenes y agraciadas, y también vio grandes camiones de transporte, circulando a marcha mucho más lenta.

Había actividad, incesante, pero moderada. Padford se preguntó cuáles serían los fines de aquella gente.

De pronto, creyó divisar el fondo.

Era un muro de cristal o, por lo menos, de una sustancia semitransparente, al otro lado del cual divisó, en borrosa silueta, un enorme aparato, inclinado, que parecía el tubo de un gigantesco telescopio, rodeado por otros aparatos menores, sin duda auxiliares en su servicio.

O quizás era una colosal astronave destinada a encabezar las fuerzas de invasión terrestres.

Katia no había querido contestar a una sola de sus palabras. Bruscamente, desvió el automóvil hacia la derecha.

Una rampa, practicada en la misma pared del túnel, ascendía paralelamente a su eje longitudinal durante unos cien metros. Al llegar a su término, Katia hizo virar el automóvil y lo introdujo en un túnel mucho más pequeño, que se ensanchó súbitamente veinte metros más adelante.

Katia detuvo el automóvil y saltó al suelo, para dirigirse directamente hacia una puerta de acero que se veía al fondo. Tocó en ella con los nudillos y aguardó.

Una voz brotó a través de un altoparlante invisible.

—¿Quién es?

—Capitán Shayevna, señor —respondió Katia—. Con el prisionero terrestre, capitán Padford.

La puerta giró repentinamente.

—Que pase Padford. Aguarde órdenes ahí afuera, capitán Shayevna.

—Sí, señor.

Padford cruzó el umbral. Smith le miró irónicamente desde detrás de una mesa de despacho, provista de varios aparatos de intercomunicación, algunos de ellos con pantalla visora.

—Celebro verle de nuevo, capitán —dijo.

—Las opiniones son discrepantes a este respecto — contestó Padford mordazmente.

—Sí, es cierto, pero a veces uno no hace las circunstancias, sino que las circunstancias son las que mandan. Un momento, por favor, capitán — rogó Smith.

A la derecha de la mesa tenía lo que parecía el teclado de una máquina de escribir. Golpeó las teclas brevemente durante unos segundos y luego esperó.

Una pantalla se iluminó casi en el acto. Una frase escrita apareció en ella:

—Que pase.

Smith apagó la pantalla. Miró al joven.

—Es usted un hombre afortunado — dijo —. No todos tienen la suerte de ver al Guía tan pronto. Algunos, ni lo han visto siquiera.

—Honores de ese tipo, se los regalo a usted siempre que quiera — contestó Padford secamente.

Smith le dirigió una furiosa mirada. Luego, poniéndose en pie, se acercó a uno de los muros laterales de la estancia.

Había allí una pared de metal, que Smith abrió mediante la presión en un resorte. La puerta giró a un lado y Padford pudo ver una serie de escaleras que se perdían hacia arriba.

—Suba —ordenó Smith—. Hablará a solas con el Guía.

Padford obedeció en silencio. Apenas había ascendido media docena de peldaños, se dio cuenta de la sofocante temperatura que reinaba en aquel empinado corredor.

La puerta se cerró a sus espaldas. La escalera tenía treinta peldaños, al cabo de los cuales se encontró en un amplio rellano cerrado por un muro de acero completamente liso.

El muro se descorrió silenciosamente. Padford pasó al otro lado, notando que la temperatura había subido más todavía.

Entonces se encontró frente a Antel, el Guía.

Un grito de asombro se escapó de sus labios.

¿Cómo había llegado Calhoun a Marte?

¿Había mentido Laura Kelton?

¿La habían forzado a enviar unos mensajes ficticios?

Una serie de preguntas, a cual más contradictoria, se agolparon en su mente durante unos instantes. Luego, recobrándose parcialmente de la sorpresa recibida, empezó a reaccionar.

E1 hombre que tenía frente a sí era Calhoun, pero muchísimo más viejo, treinta, cuarenta años más. El pelo era, completamente blanco y sus manos, largas y pálidas, parecían no tener otra cosa que una piel finísima y unos huesos delgados, como pajas de refresco.

Vestía ropas holgadas que sólo dejaban al descubierto su cabeza y sus manos y estaba sentado sobre un montón de almohadas de vivo colorido. A la derecha tema una máquina de escribir análoga a la que Padford había visto sobre la mesa de Smith.

El hombre llamado Antel tecleó sobre la máquina. Una pantalla se iluminó de inmediato, en uno de los costados de la cálida estancia:

—NO PUEDO HABLAR, PERO TE OIGO PERFECTAMENTE — aparecieron las letras de las palabras escritas en el vidrio deslustrado.

—Comprendo —dijo Padford—, pero yo no he venido a hablar contigo, sino que tú me has llamado a mí.

—Tienes razón —tecleó Antel—. Te he llamado porque quiero explicarte algo de lo que pasa aquí. Nos has combatido y debo conocer tus intenciones.

—Mis intenciones son las de rescatar a Henry Kelton, a su hija y, en unión de mis compañeros, regresar a la Tierra — respondió Padford.

—Me temo que eso que pides es algo imposible — escribió Antel —. Nadie que ha llegado a Marte, puede volver a la Tierra, hasta que llegue el momento.

—¿Y cuándo llegará el momento? —quiso saber Padford.

La cifra 1986 apareció en la pantalla.

Padford comprendió en el acto. Como buen astronauta, estaba enterado de ciertas peculiaridades de las órbitas de los planetas.

—En ese año —dijo—, se producirá una oposición entre la Tierra y Marte y la distancia entre ambos planetas, se habrá reducido a sesenta millones de kilómetros. Pero en mil novecientos ochenta y seis, la distancia será aún menor...

—Dos millones de kilómetros tienen poca importancia — tecleó Antel.

—Está bien. ¿Y qué harás en mil novecientos ochenta y seis, es decir, dentro de nueve años?

—No tardarás en saberlo —respondió el anciano—. Antes, sin embargo, quiero que me digas si te vas a unir a nosotros, con Kelton y tus compañeros.

—¿Qué ha dicho Kelton?

—Sigue prisionero.

—Lo cual significa que se negó a aliarse contigo.

—Debo admitirlo. ¿Y tú?

Padford escrutó durante unos segundos los ojos, todavía vivaces, del anciano.

Sintió la tentación de saltar a su cuello y estrangularle. Pero ello, se dijo, era imposible. Antel no iba a ser un tan tonto como para recibirle a solas sin una garantía de indemnidad física.

Dio dos o tres pasos hacia adelante y tanteó con la mano. Un muro invisible y sólido le cerró el paso.

Así, pues, Antel estaba aislado de él por una pared de vidrio, lo suficientemente sólida, se imaginó, para resistir incluso los impactos de las balas. No había más que recordar las cúpulas blindadas de los vehículos que les habían atacado.

—¿No me contestas? —tecleó Antel.

Padford se dio cuenta de que sólo usaba una mano para escribir, aunque con bastante rapidez. Se preguntó cómo podría sobrevivir físicamente, quién le había prolongado una vida que ya parecía haber llegado a su límite...

—No —contestó con voz firme.

—Lo siento. Necesito hombres jóvenes y fuertes.

—Aquí los tienes a millares. —Padford le tuteaba inconscientemente, sin que el otro se diese por ofendido—. Me imagino que estás planeando un ataque a la Tierra y yo no puedo ser tu cómplice.

—Eres muy listo. Desempeñarías un buen papel entre los míos.

—Olvídalo, Antel — contestó Padford desenvueltamente—. Por favor, explícame cómo llegaste hasta aquí.

—Te interesa conocer mi historia, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Mira hacia la pantalla.

Padford obedeció. Las letras aparecían, componiendo frases enteras, que luego desaparecían por la parte superior de la pantalla, a medida que iban surgiendo nuevos párrafos, con un ritmo que permitía una fácil lectura.

—Ocurrió hace muchísimos años —tecleó Antel—, quizá sesenta o más, cuando todavía no se conocía en la Tierra ni siquiera la frase «platillos volantes». Uno de éstos aterrizó en las inmediaciones donde yo tenía mi laboratorio de física en... Oh, eso no importa ahora.

»Era de noche y yo estaba descansando. Inmediatamente comprendí que se trataba de una nave del espacio. Una puerta se abrió. Corrí a auxiliarles. Eran seres de forma apenas humanas,

pequeños. No conseguí entenderles bien; hablaban un lenguaje sumamente raro y, además, se morían, aun ignoro las causas.

»Uno de ellos vivió todavía dos horas. Me enseñó el manejo de alguno de los instrumentos de aquel maravilloso artefacto. Era grande y contenía una cantidad de accesorios e instrumentos como yo jamás había soñado.

»Uno de dichos instrumentos consistía en una pantalla lectora, por medio de la cual y con el transcurso del tiempo, logré enterarme de los menores detalles del funcionamiento del aparato. Los tripulantes habían muerto y les enterré en el huerto contiguo a mi laboratorio.

«Aquella misma noche, levanté el vuelo. El manejo era sencillísimo, a pesar de su aparente complicación. Estuve todo un día en el espacio, embriagándome con la gloria de contemplar la Tierra y los astros desde un punto diferente al habitual.»E1 mismo día, tomé mi resolución. Exploraría el espacio. Busqué unos ayudantes de confianza, mi hijo entre ellos…

—E1 profesor Calhoun.

—Ese es el nombre que tomó para ir a la Tierra años después… Yo le llamaba… Marcus, en familia; el apellido verdadero no importa. Marcus y unos cuantos más vinieron conmigo.

»Por las noches, permanecía en las inmediaciones de mi laboratorio. Durante el día, estaba en el espacio. Mientras, mi hijo y sus amigos construían un cobertizo para albergar la nave.

»Así conseguimos ocultarla durante el tiempo que necesitamos para preparar la expedición y, todo hay que decirlo, construir y fabricar los trajes espaciales. Sesenta años atrás, esto ni se soñaba siquiera.

»Por fin zarpamos. Estuvimos en la Luna y llegamos a Marte. Entonces encontramos los restos de una ciudad antiquísima.

»Parece que los marcianos, en la agonía de su mundo, quisieron sobrevivir ocultándose en túneles excavados previamente bajo tierra. Pocos restos de su civilización encontramos, aparte de algunos canales y diques, y lo que podríamos llamar el inicio del traslado de la superficie al subsuelo. Desaparecieron antes de completar su obra y el viento y la arena, a medida que la vegetación desaparecía, completaron la hora de borrar las ciudades.

«Nosotros nos ocultamos aquí. Empezamos a trabajar. Había

yacimientos de metales; los pusimos en explotación.

«Copiamos el motor de la astronave y construimos otros iguales, aumentándolos de tamaño a medida que perfeccionábamos nuestra técnica.

Construimos emisoras y receptores de radio potentísimas; así estábamos al tanto de lo que sucedía en la Tierra.

»Pero necesitábamos personal y construimos dos naves más. Fuimos trayendo a gentes que querían correr la aventura. Con más personal, dispusimos de más medios. Fue… la bola de nieve rodando por una ladera.

Antel se detuvo un momento. Padford se dio cuenta de que se fatigaba.

—Si se cansa, volveré otro día —dijo cortésmente.

Antel meneó la cabeza.

—No. Sigamos —escribió—. Te sorprendería saber la cantidad de gente que llegó a Marte en los diez años siguientes a mi arribada. Hombres y mujeres, jóvenes y… maduros, viejos no, desde luego; todos se incorporaban a nosotros con afán y decisión.

»Esto crecía. Nacían niños… que ya se han casado y tienen hijos. Todos, con el tiempo, aceptaron una idea que había constituido mi obsesión durante años y años.

—Destruir la Tierra —dijo Padford.

La mano de Antel escribió unas líneas contundentes:

—No. Pacificar la Tierra, que es muy distinto.

XI

Padford se quedó mirando al anciano.

—¿Ha dicho pacificar la Tierra? —repitió.

—En efecto. Hemos logrado progresos incalculables, inimaginados en vuestro planeta, y todos ellos a base de aquella nave del espacio, cuya procedencia, esta es la verdad, he lamentado siempre ignorar. Pero logré desentrañar absolutamente todos sus misterios, desde la forma del último tornillo hasta la composición de la aleación metálica de que estaba fabricada.

«Estamos en mil novecientos setenta y seis. Hace sesenta años, las naciones europeas se desangraban en el campo de batalla. Se acabó la guerra, pero veinte años más tarde, y después de otros conflictos locales de menos importancia, se produjo otra atroz conflagración. En Marte no estamos dispuestos a que estalle una tercera guerra mundial, que sería la destrucción del planeta. Nosotros vamos a impedirlo.

—¿Y si estallara antes?—Las probabilidades se han reducido, pero no atenuado ni desaparecido por completo. Especulamos con la posibilidad de que no ocurra nada irremediablemente grave antes de mil novecientos ochenta y seis.

«Parece que sí, que será inevitable que sigan produciéndose conflictos locales. Daremos un toque de atención a la nación o naciones que los produzcan. Si no nos hacen caso, entonces usaremos el látigo.

«Aquí hay millares, de hombres y mujeres desprovistos de todo prejuicio. Muchos de ellos no han nacido en Marte y son de naciones terrestres distintas, pero todos se sienten marcianos ahora.

«Ninguno de ellos quiere que llegue el día en que los terrestres crucen el espacio, lleguen aquí y acaben, en una época aún remotamente futura, pero que llegará, inevitablemente, por contagiarnos sus disensiones y rencillas. Eso se ha acabado... se acabará cuando nosotros intervengamos.

—Tú hablas de paz —dijo Padford—, pero a nosotros nos han combatido... y bien duramente.

—Algunos se han extralimitado en sus atribuciones. Han sido reprendidos. Los que volaron parte del dique, se encargarán de

reconstruirlo; lo necesitaremos para el día en que vivamos en la superficie. Otros, sin embargo, han muerto a vuestras manos.

—Nos defendíamos — dijo Padford llanamente.

—Ahora ya sois prisioneros nuestros. Con el tiempo —tecleó Antel—, acabaréis por comprender nuestros puntos de vista. Queremos aliados, no esclavos forzosos.

Padford contempló el tapiz amarillo, con el águila tricéfala que había detrás del anciano. «Un raro emblema del nuevo Estado marciano», se dijo.

—¿Y cómo piensas emplear el látigo contra las naciones... levantiscas? —preguntó.

—Mira —escribió Antel.

Un lienzo entero de pared se iluminó, dividido en dos partes. Los ojos de Padford contemplaron asombrados un espectáculo inaudito, increíble.

* * *

Era como un cañón colosal, de centenares de metros de largo, montado sobre un afuste adecuado a su tamaño, que le permitía una orientación en el sentido deseado. Resultaba difícil conocer el diámetro del ánima, pero Padford calculó que en la culata, el cañón no medía menos de cincuenta metros de diámetro exterior.

Largos y gruesos cables negros partían de la culata, enterrándose en los muros, seguramente a las estancias desde donde se dirigía y manejaba aquel monstruoso artefacto. De pronto, el techo de la caverna en que se hallaba se abrió parcialmente, dejando ver el cielo marciano.

Aquél era el instrumento que le había parecido un telescopio a su llegada. ¿Cuáles eran sus poderes fabulosos?

La segunda parte de la pantalla se iluminó. Numerosos pedruscos aparecieron flotando en el espacio.

—Es una visión de un pequeño sector del cinturón dé asteroides —escribió Antel—, ¿Ves ese pedrusco que tiene una forma aproximadamente cúbica?

—Sí —contestó Padford.

Pasaron algunos segundos. De pronto, un chorro de partículas doradas, apenas visibles, de una transparencia casi total, alcanzó el pedrusco.

Durante unos momentos, no ocurrió nada. Luego, el pedrusco enrojeció primero, amarilleó a renglón seguido, con un brillo deslumbrador, y acabó por desaparecer, tras un último y fulgurante chispazo.

El chorro de partículas amarillas desapareció también.

—Lo llevaba el platillo volante —explicó Antel—. Es decir, llevaba un cañón similar, aunque de proporciones infinitamente más pequeñas. Yo lo he hecho varios miles de veces mayor, no solo en el tamaño, sino en los efectos. Y algunos portátiles, como pistolas.

»E1 cañón dispara un chorro de electrones ultrarrápidos, con partículas cósmicas, a una velocidad muy superior a la de la luz. Destruye cuanto toca y su área se expande, aunque muy poco, con el aumento de la distancia al objetivo. Pero una descarga dirigida a cualquier punto de la Tierra abarcaría por lo menos un círculo de unos trescientos kilómetros de radio y todo sería incinerado en cuestión de segundos. Después de que les hiciésemos esa demostración, ya no insistirían las demás naciones en sus afanes belicosos.

Padford se quedó horrorizado de los propósitos de aquel individuo, que para imponer la paz, según él la entendía, no vacilaba en matar a millones y aún a cientos de millones de personas. Pero se guardó muy bien de exponer sus propósitos.

—Así, se comprende —dijo en tono intrascendente—. Cualquiera rechista, después de un... latigazo semejante.

—Nuestros telescopios son muy perfeccionados —contestó Antel —. Podemos ver cualquier región de la Tierra, como si estuviéramos sólo a unos cientos de kilómetros de distancia. Pero, primero, haremos una demostración en un lugar desierto, donde no causemos víctimas. Sólo después de haber desoído nuestra primera intimación es cuando haremos una descarga efectiva.

—Entiendo —dijo Padford—. Y, por esta razón, no podemos volver a la Tierra.

—No. Esfuérzate en comprenderlo.

—Lo intentaré. A propósito, estoy viendo un águila tricéfala. Es el emblema del Estado marciano, ¿no? ¿Qué significan las tres cabezas?

—Fue una idea de mi segundo, el coronel Smith. La cabeza de la derecha representa la Fuerza; la de la izquierda, la Inteligencia.

Fuerza e Inteligencia juntas proporcionan el Poder.

—Que es la cabeza central.

—Justamente.

—Una última pregunta, Antel —dijo Padford—. De modo que Calhoun es tu hijo.

—Sí. Marcus no estaba de acuerdo con mis ideas v escapó a la Tierra. Nos costó localizarle, pero al fin hay unos agentes allí, persuadiéndole de que debe regresar a Marte.

Padford miró fijamente al anciano. ¿Debía decirle la verdad?

Decidió esperar todavía. Tiempo tendría de decirle que su hijo había perecido a manos de un pistolero.

—Eso es todo por hoy —escribió Antel—. Pensad bien lo que vais a hacer, porque, de todas formas, no volveréis ya a la Tierra. De vosotros depende convertiros en personas libres o seguir en el cautiverio.

—Consultaré con mis compañeros — respondió Padford.

La puerta que había tras él se abrió. Padford entendió que la entrevista había concluido.

Smith le miró y sonrió irónicamente al verle.

—¿Resultó agradable la conversación —preguntó.

—Agradable y sumamente instructiva —respondió Padford—. Una de las cosas que más me agradó fue el simbolismo del águila tricéfala. Le felicito por la idea, coronel.

—No tiene importancia — dijo Smith—. A fin de cuentas, no hay Estado o nación que no tenga su escudo heráldico.

—Sí, claro. Fuerza más Inteligencia, igual a Poder. Instructivo, sumamente instructivo, coronel. ¿Por favor, quiere devolverme a mi encierro?

Smith le miro fijamente unos segundos, como si quisiera taladrar la frente del joven. Padford soportó sin pestañear el escrutinio visual.

Al cabo de un momento, Smith pulsó un botón. La puerta se abrió casi al instante.

Katia apareció en el umbral.

—Capitán Shayevna, devuelva al prisionero a su habitación —ordenó Smith.

—Sí, señor.

Padford salió del despacho. Momentos después, se hallaba a

bordo del automóvil.

Katia conducía negligentemente con la mano izquierda, teniendo la derecha apoyada en su propia rodilla. De pronto, cuando ya llegaban al término de su viaje, Padford sintió que la mano derecha de la joven rozaba la suya.

El roce se repitió. Padford comprendió al acto los propósitos de Katia Shayevna.

* * *

Padford bebió un largo trago de agua. Luego dijo:

—Y eso es todo, muchachos. Antel, el padre de Calhoun, tiene en la mano el látigo… y, si los terrestres no son buenos chicos, los azotará para que vuelvan al camino recto.

—¿Quién dijo una vez algo de matar moscas a cañonazos? —dijo Jirinov sarcásticamente.

—Ese tipo está loco —farfulló Huttmeier.

—¿Venden por aquí camisas de fuerza? —preguntó Virsic con mordaz ironía.

—Yo creo que la camisa de fuerza, en todo caso, no sería para Antel, sino para… algunos de su Estado Mayor — contestó Padford.

—¿Smith? —sugirió Dooley.

—Mucho me temo que sí.

—Añada a mi compatriota, capitán — dijo Jirinov amargamente —. Tan bonita y…

—Antón, me parece que tenemos que hablar de la bonita Katia — le interrumpió Padford inesperadamente—. He preferido contaros primero nuestra conversación, para que estuvierais enterados de todo lo que sucede. Pero no se precipite en juzgar al capitán Shayevna.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el objeto que Katia le había entregado en el coche.

Era una llave, envuelta en un trozo de papel. En éste había escritas unas cuantas cifras y dos palabras.

Las cifras eran:

3,30. — 75—A — 76—A

—¿Qué significa esto? —preguntó Huttmeier, extrañado.

—Luego lo averiguaremos —contestó Padford—. Por el momento, nos interesa saber más qué dice Katia. Antón, traduzca estas dos palabras; están escritas en ruso.

Jirinov tomó el papel. Estaba tan asombrado como los demás.

—Dice: «¡Ánimo! ¡Rescatadme!»

Padford sonrió anchamente.

—Ya decía yo que no creía a Katia tan mala chica como aparenta.

XII

Una animada discusión se entabló a renglón seguido.

De pronto, Huttmeier dijo:

—¡Un momento! Creo que debiéramos tener cuidado.

—¿De qué? — preguntó Virsic.

—Puede haber micrófonos escondidos...

Padford sacudió la cabeza.

—No lo creo. Están tan seguros de sí mismos, que no necesitan recurrir a ese truco. No obstante, y para calmar al amigo Martin, haremos una exploración de las habitaciones.

El resultado fue negativo.

—Si hay micrófonos, están muy bien escondidos — fue el resumen final de Padford—, y no nos queda otro recurso que seguir debatiendo el asunto y tomar una decisión.

—Sí, pero ¿qué diablos significan esas cifras? — gruñó Virsic, tan perplejo como todos los demás.

Padford contemplaba fijamente el papel.

—Salvo las armas y los trajes de vacío, no nos han quitado nada —murmuró.

—Ni siquiera los relojes —dijo Dooley.

Padford chasqueó los dedos. Consultó la esfera de su reloj.

—¡Ya está! —dijo—. A las tres y media de la madrugada... y son todavía las seis de la tarde.

—Y ¿qué hay que hacer a las tres y media de mañana? — preguntó Jirinov.

Padford hizo saltar la llave en la palma de la mano.

—Las cifras y las letras siguientes... señalan dos puertas — dijo tras unos segundos de reflexión.

—Una para Kelton y otra para su hija Janet — exclamó Huttmeier.

—Justamente.

—¿Y Katia? Claramente nos pide socorro, capitán — dijo Jirinov —. Y después de lo que nos ha ayudado, cometeríamos una injusticia si la abandonáramos.

Padford meneó la cabeza.

—Me parece que Antel es demasiado optimista con relación a sus

súbditos —comentó—. A este respecto, el simbolismo del águila tricéfala es todo una revelación del carácter de Smith.

—Antel no puede vivir ya mucho — dijo Huttmeier.

—Y ¿quién ocupará su puesto? —preguntó Virsic.

—El «general» Smith — rió Dooley —, porque en cuanto el viejo la haya «diñado», se ascenderá automáticamente.

—Eso, si no se confiere a sí mismo un título más rimbombante — sugirió Jirinov.

—Estamos hablando de tonterías —masculló Huttmeier—. Seamos prácticos. Tenemos la llave en la mano..., pero ¿qué haremos sin un mal palillo de dientes?

—Armas, es verdad —murmuró Padford preocupadamente.

—Ellos tienen de todo, hasta cañones —se lamentó Dooley.

—Nos las procuraremos —contestó Padford resueltamente—. Ahora voy a darles un consejo..., no, mejor dicho, una orden: ¡descansar!

Hizo una corta pausa y añadió:

—Tenemos que estar frescos y fuertes. Es posible que tengamos que luchar y nada nos perjudicaría tanto como ponernos en acción cansados y enervados.

* * *

El resplandor de las luces se había reducido al mínimo.

Según había podido deducir Padford, y los demás que le habían precedido, se lo habían confirmado, el atenuamiento de la luz era una norma que se cumplía rígidamente, sin variación, desde las diez de la noche a las seis de la mañana.

Sin embargo, ignoraban si el túnel tendría todas sus luces encendidas.

— Es preciso correr el riesgo —dijo Padford, al tiempo de insertar la llave en la cerradura—. Katia no nos la habría dado, de no contar con alguna posibilidad.

Hizo girar la llave. Los constructores de aquella puerta no habían pensado un día en la posibilidad de hacerla servir como barrera para unos prisioneros.

Abrió muy despacio. Asomó la cabeza.

Las luces del túnel se hallaban asimismo al mínimo de intensidad.

—Fuera todos —cuchicheó—. Pegados a la pared.

Uno tras otro, fueron abandonando el encierro. Padford dejó la puerta tal como estaba; había que cubrir la eventualidad de una posible patrulla de vigilancia.

Miró el número que había sobre su puerta, debajo de un águila tricéfala. Era el 40—A,

La próxima puerta se hallaba a unos cincuenta metros.

—Esperadme aquí unos momentos —susurró Padford.

Corrió hacia la otra puerta. Correspondía a la habitación 39—A.

Regresó sobre sus pasos.

—Hacia allí —dijo—. Todos pegados a la pared y sin hacer ruido.

Los cinco hombres trotaron detrás del joven. Antes de llegar a las puertas señaladas por Katia, debían recorrer treinta y cinco más.

El intervalo entre cada puerta oscilaba de unos cincuenta a sesenta metros. Padford calculó que deberían cubrir una distancia de casi dos mil metros.

La escasa gravedad marciana facilitaba su avance, pero, al mismo tiempo, se notaban desentrenados. A los mil metros, Padford ordenó hacer un alto de cinco minutos.

El túnel estaba completamente desierto, sumido en un silencio absoluto. Después del descanso, reanudaron su marcha.

De pronto, Padford divisó a lo lejos una lucecita.

—¡Al suelo, junto a la pared! —cuchicheó—. ¡Cubran las caras con los brazos!

Sus cuatro acompañantes obedecieron en el acto. Padford confió en la penumbra para pasar inadvertidos.

Era un automóvil ligero, con cuatro hombres armados en su interior. El coche desfiló casi silenciosamente a cien metros de ellos y luego se perdió en lontananza.

Padford alzó la cabeza. Las luces rojas de cola del vehículo se alejaron rápidamente.

—Sigamos.

Reanudaron el camino, sin más incidentes. Minutos más tarde, Padford se detenía ante una puerta marcada con las cifras 75—A.

Insertó la llave en la cerradura y abrió. A continuación, se la entregó a Jirinov.

—Averigüe quién hay en la habitación 76—A. Huttmeier y Virsic pueden ir con usted.

—Bien, capitán.

Los tres hombres se alejaron. Padford empujó la puerta y se halló en una habitación de características análogas a la que habían abandonado poco antes.

—Menos mal que todo lo hicieron en serie: habitaciones, muebles, cerraduras… —comentó a media voz.

Entró en el dormitorio siguiente. Un hombre yacía sobre la cama, descansando apaciblemente.

— Kelton — llamó Padford.

El hombre despertó de inmediato. Abrió los ojos y miró extrañado al joven.

—¿Quién…? —dijo, atónito.

—Cuidado, no levante la voz —recomendó el joven—. Soy Padford.

Kelton se sentó de golpe en la cama.

—¡Por todos los…! ¡Janet eligió bien su capitán! — exclamó.

Padford sonrió.

—Le agradezco la buena opinión que tiene de mí, pero, dígame, ¿dónde está su hija?

—En el dormitorio de al lado. La trajeron… ¡Esperen, voy a vestirme!

Kelton saltó de la cama, poseído por una excitación casi incontrolable.

—Sabía que mi buen amigo Calhoun no me abandonaría. Él me contó reservadamente todo lo que planeaban en Marte, pero yo lo achaqué a fantasías suyas —habló atropelladamente—. Ni siquiera cuando zarpé con la nave acabé de creerle… Tuvieron que hacerme prisionero para convencerme de…

Kelton se cerró la cremallera del mono que era el uniforme común de todos los habitantes del subterráneo.

—Esperen un momento —dijo—. Llamaré a Janet.

La joven apareció momentos más tarde, vestida, con los cabellos en desorden y una expresión de incredulidad en los ojos.

—¡Bick! ¡Herb! —exclamó, tendiéndoles las manos.

—Nos hemos escapado —dijo Padford llanamente —. Claro que con ayuda; de otro modo, nos habría costado bastante más. De todas formas, creo que lograremos salir a la superficie y llegar a la «Kelton II» antes de que las tareas de desguace hayan causado daños irreparables en la nave.

Henry Kelton meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Lo dudo mucho —manifestó—. A mí me costó cuatro años burlar la vigilancia de mis guardianes y llegar hasta la radio…

—Tal vez usted no tenía al lado un muchacho apuesto, del que pudiera enamorarse una compatriota suya —sonrió Padford.

—Quizá fui poco diplomático —admitió Kelton—. ¿Qué hace mi amigo Calhoun?

—Ha muerto.

Kelton se estremeció. Padford miró a la muchacha.

—No me atreví a darle la noticia — se disculpó ella—. Se apreciaban mucho.

—Lo asesinaron, señor Kelton —añadió Padford.

Los ojos del padre de Janet despidieron relumbres de cólera.

—Vengaremos su muerte —prometió.

Virsic entró en aquel momento con un brazado de rifles.

—Nuestras armas —exclamó alborozadamente —. Todas están en aquella otra habitación.

Huttmeier y Jirinov le siguieron, igualmente cargados con una cantidad impresionante de armas y municiones. El ruso, sin embargo, no parecía sentirse muy feliz.

—Creí que Katia estaría en aquella habitación — dijo.

Padford se ciñó un cinturón con una pistola y se terció un rifle a la espalda. Enganchó una cartuchera repleta de municiones al cinturón y dijo:

—Han olvidado algo muy importante. Herb, Martin, vengan conmigo.

—¿Y Katia? —preguntó Jirinov.

—Iremos a buscarla en seguida — prometió el joven.

Momentos después, estaba de vuelta con un cañón lanzagranadas y cuatro proyectiles colgados de su cinturón. Dooley y Huttmeier llevaban asimismo otras cuatro granadas cada uno.

Padford consultó su reloj.

—Todavía no son las cinco de la madrugada. Faltan, pues, más de una hora para que enciendan todas las luces. En ese tiempo, hemos de hallar a Katia y…

—Y ¿qué? —preguntó Janet.

Padford dio un par de palmadas en el cañón que tenía sostenido con una mano, en posición vertical, apoyado en el suelo, junto a su

pie derecho.

—Este trasto servirá para destruir el látigo marciano. ¡Vamos!

Levantó el cañón y salió afuera. Inmediatamente, se detuvo en el umbral.

—¡Cuidado! — dijo —. Viene una patrulla de vigilancia.

XIII

El reflector del automóvil iluminó el cuerpo de un hombre tendido en el centro del túnel.

—¡Para! — ordenó el jefe de la patrulla.

El conductor aplicó el freno. Inmediatamente, el jefe saltó al suelo.

Entonces el hombre se incorporó de un salto y le apuntó con una pistola.

—¡Arriba esas manos! —ordenó Padford—. El primero que levante la voz puede considerarse hombre muerto.

La sorpresa de los vigilantes fue total. Antes de que pudieran reaccionar, siete personas armadas hasta los dientes salieron de una de las habitaciones y corrieron hacia ellos.

Los patrulleros fueron desarmados en un santiamén y conducidos a las habitaciones que habían pertenecido a los Kelton. Una vez allí, Padford se encaró con el jefe de la patrulla.

—¿Conoce usted a la capitán Katia Shayevna? — preguntó.

—Sí, señor...

—¡Dígame cuál es el número de su alojamiento!

—Cuarto 90—A, señor.

El patrullero estaba aterrado. Resultaba evidente que no se hallaba avezado a situaciones críticas como la presente.

—Si me ha engañado, vendré aquí y le desollaré vivo — amenazó Padford truculentamente —. ¡Vamos!

Salieron fuera y cerraron con llave. Janet propuso usar el automóvil.

—Iremos como sardinas en lata, pero ganaremos tiempo —dijo, para apoyar su sugerencia.

Los siete embarcaron precariamente en el vehículo. Las armas sobresalían por todas partes.

—Parecemos guerrilleros mejicanos —observó .Huttmeier humorísticamente.

Pero el automóvil les ahorró una considerable cantidad de tiempo. Minutos más tarde, se detenían ante la puerta señalada por el jefe de la patrulla.

Jirinov fue el primero en saltar a tierra. Con la llave en la mano,

corrió hacia la puerta y la abrió.

Padford aprestó el rifle.

—No me fío —murmuró—. Gabriel, Martin, acompáñenle.

Jirinov había desaparecido en el interior del habitáculo. Momentos después, salía trayendo a su compatriota de la mano.

—Smith la había encerrado, capitán —dijo, sonriendo anchamente.

Katia miró a Padford y sonrió también.

—Sospechaba de mí —explicó.

—¿Por qué? —preguntó el joven.

—Me había permitido expresar algunas opiniones demasiado libres... acerca del cañón de electrones — contestó Katia —. Quizá luego, uno de los soldados que le escoltaban, me vio darle la llave...

—Es posible — admitió Padford —, pero ahora ya está usted libre y nosotros poseemos las armas que nos habían quitado.

Miró a lo lejos.

—Katia, ¿servirá la llave para abrir la puerta del despacho del coronel Smith? —preguntó.

—La exterior, sí. Las otras...

—Ya, las abre el Guía —dijo él con sorna—. Bien, escúchenme atentamente; quiero darles instrucciones concretas acerca de lo que debemos hacer.

Habló durante unos minutos. La rampa de acceso al despacho de Smith empezaba su pendiente a pocos metros. A unos trescientos, se divisaba el enorme muro de cristal translúcido, al otro lado, del cual se hallaba el monstruoso cañón de electrones.

—Muy bien —dijo, después de que estuvo convencido de que le habían entendido—. Ahora yo me voy a ver las caras con Antel.

Y se quitó el cinturón con la pistola y las municiones.

—¿Desarmado? —se extrañó Janet.

—Lo prefiero así —contestó él—. Por favor, déjenme el automóvil.

Momentos después, tomaba los mandos e iniciaba la ascensión. No tardó en llegar a la entrada del despacho de Smith, que se hallaba abierta de par en par.

La puerta siguiente estaba abierta también. Padford subió lentamente los escalones.

Al llegar al umbral de la otra puerta, oyó una voz:

—Le esperaba, capitán Padford.

El joven pasó al interior. Smith, con una burlona sonrisa en los labios, se hallaba junto al muro de vidrio transparente. Antel les contemplaba con interés desde su montón de almohadones.

—¿Qué pasa? —tecleó impaciente—. ¿Por qué viene este hombre a horas desusadas?

—Te explicaré en seguida — respondió Padford serenamente, mirando a Smith—. ¿O prefiere decírselo usted?

Smith frunció el ceño.

—¿A qué se refiere, capitán? — inquirió.

Padford sonrió ligeramente.

—Suele decirse que la grafología delata el carácter de las personas —contestó—. A usted no le he visto un mensaje escrito, pero sí el emblema del nuevo Estado marciano. Ese águila tricéfala (Fuerza más Inteligencia, igual a Poder) denuncian sus ambiciones tanto como si las hubiese expresado en una proclama pública.

»Smith, o como se llame, a usted la paz de la Tierra le importa un rábano. Tiene ambiciones más altas, entre ellas, si no la principal, es la de imponer, aquí y en la Tierra, su ley, su particular *pax martiana*...

«Antel ha confiado en usted y quizá le haya nombrado su sucesor, pero, con toda su inteligencia, ha resultado demasiado ingenuo para usted. Los científicos, a fin de cuentas y más si se hallan ya en la edad senil, son muy ingenuos, en comparación con otros que miran hacia metas más altas.

«Además, aunque sus propósitos no fueran los expuestos, tampoco podemos permitir que los lleven a cabo. No es la Tierra un lugar tranquilo, ciertamente, pero no se puede imponer la paz de una forma tan *sui géneris* como la que Antel ha planeado. Hay otros medios, negociaciones, persuasión... y el convencimiento, por sí mismo, de los propios hombres, de que la guerra no es beneficiosa para nadie. Tarde o temprano, quizá más tarde que temprano, por supuesto, el planeta gozará de paz..., pero no se usará el cañón de electrones.

Smith sonrió burlonamente.

—Un bonito discurso, a fe — dijo —. Pero, aun suponiendo que mis proyectos fuesen los descritos, ¿cómo iba a impedirlos?

—Tengo medios para ello —respondió el joven.

—¿De veras? Expóngalos, capitán Padford.
—Hable — tecleó Antel.
Padford volvió los ojos hacia el anciano.
—Tú me dijiste que habías enviado a unos emisarios para recuperar a tu hijo, Antel.
—Es cierto — confirmó el anciano por escrito.
—No fueron a buscarle, sino a darle muerte. Lo asesinaron. Smith no podía permitir que tu hijo, abandonando sus convicciones, regresara a Marte para ocupar su puesto.
Smith se puso lívido.
—¡Lo ha descubierto! —gritó.
—¿Mi hijo... ha muerto? —tecleó Antel afanosamente.
—Sí — confirmó el joven.
Smith sacó una pistola repentinamente.
—Voy a matarle, capitán —dijo—. Pero, antes, me desharé de este saco de huesos...
Un dardo de luz dorada brotó de repente del interior del cubículo. Smith se retorció horriblemente y cayó al suelo.
Fuera sonó una detonación.
Padford y Antel se miraron.
—¿Qué es eso? —preguntó el anciano.
—Estamos destruyendo él cañón de electrones — respondió Padford llanamente —. A cañonazos.
Se oyó un segundo estampido. Padford añadió:
—Máteme ahora, si quiere, Antel.
Las explosiones se sucedían a ritmo acelerado. De pronto, se oyó un terrible fragor.
Antel meneó la cabeza.
—Creo que ahora veo las cosas claras —escribió lentamente, echándose hacia atrás—. Fue una locura, un sueño. Sí, tienes razón; no se puede imponer la paz por medio de... la violencia, al menos, por una violencia infinitamente superior a la del daño que se origina en el conflicto. Energía, pero también persuasión, no destrucción.
La cabeza de Antel se reclinó sobre un almohadón.
—Ya... no tengo... interés en seguir... viviendo... Soy... muy viejo... —Sus dedos se movían dificultosamente sobre el teclado—. No se puede edificar un... mundo... sobre un panorama de... futura destrucción...

La mano del anciano se inmovilizó de pronto. Respiró un par de veces y luego ladeó la cabeza.

Huttmeier entró en aquel momento.

—Capitán, el cañón gigante está hecho polvo... ¡Eh! ¿Qué ha pasado aquí?

Padford meneó la cabeza.

—Un hombre reconoció sus errores... y otro murió en el error — contestó. Luego ordenó—: Dígale a Katia que necesito un micrófono para hablar a los habitantes de... a los marcianos, vaya.

— Sí, capitán.

* * *

Padford tomó el micrófono que le tendía Katia. Con voz clara y firme, empezó a hablar:

—Soy el capitán Padford, comandante de la «Kelton II», astronave de la Tierra. Lamento comunicarles que el Guía ha muerto, y asimismo su segundo, coronel Smith.

»E1 cañón de electrones ha sido destruido. No servirá más como arma intimidatoria contra la Tierra.

«Ustedes tienen naves espaciales, úsenlas para fines pacíficos. Vayan a la Tierra, establezcan relaciones con las naciones, firmen tratados, acuerden contratos..., pero no pretendan imponer su ley a los terrestres, ni dejen que ellos les impongan su ley tampoco.

»Háblenles de igual a igual. Elijan a sus representantes; que dialoguen con los gobiernos terrestres. Allí reconocerán su independencia. Tienen derecho a ello; se la han ganado..., pero no arrebaten su independencia a los demás. Si obran de ese modo, habrá paz entre todos..., entre la Tierra y Marte. Eso es todo.

Entregó el micrófono a Katia. Jirinov aplaudió, y los demás le siguieron en él acto.

Kelton le estrechó la mano.

—Un hermoso discurso — alabó.

—Espero que mis palabras no hayan caído en el vacío — dijo Padford.

—Las atenderán —aseguró Janet, mirándole con los ojos muy brillantes.

Huttmeier dio una palmada en el hombro a Virsic. Le guiñó un ojo y le señaló a Jirinov y a Katia, que hablaban animadamente en

un rincón.

—Oye, ¿y si nos buscásemos una marciana guapa?

—No estaría mal — admitió Virsic —. Sería un modo muy práctico de iniciar unas relaciones fructíferas entre los dos planetas.

—Tendrán que darse prisa — sonrió Kelton —. En la Tierra hay una mujer que me espera hace cinco años.

—Partiremos lo antes posible, señor — anunció Padford.

—Nos harán un recibimiento sonado —profetizó Dooley.

Padford miró a Janet.

—¿Qué opinas tú? —preguntó, tuteándola de repente.

—Bueno, el recibimiento me importa poco.

Kelton pasó junto al joven y le dio un codazo en el costado.

—Otras cosas le importan más, muchacho — dijo maliciosamente.

Janet enrojeció. Entonces Padford dijo:

—Tendré que dimitir de mi puesto de capitán de la «Kelton II».

Janet se alarmó.

—¿Por qué? ¿Piensas acaso quedarte aquí?

—No, pero el capitán de una nave no se puede casar a sí mismo — contestó él alegremente.

Janet se echó a reír también.

—Podemos nombrar a mi padre...

Padford la abrazó.

— El capitán no importa, con tal de que nos case — dijo.

